

Tierra de dioses

Cuento

Alejandro Aldana Sellschopp

espacio cultural
Jaime Sobines

 FONCA

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	i
La noche de los incestos	1
Dios llega en avioneta	9
Visiones	36
Elementos imponderables acerca de la transmutación ética (una reflexión histórico-filosófica del origen y funcionamiento de el ágora)	43
La rebelión de los muertos	73
La orgía de los niños	79
El retorno de la historia	93
El museo de la muerte	110

Tierra de dioses

Alejandro Aldana Sellschopp



Smile

FOESCA-Chiapas, 1998-1999, al tiempo que del proyecto Aérea Palabra, octubre de 1999-junio de 2000, premio del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, FONCA, para el desarrollo del octavo diplomado en creación literaria de la Escuela de Escritores del Espacio Cultural Jaime Sabines, donde Aldana Sellschopp imparte la asignatura de narrativa, coordina talleres de fomento a la lectura y revisa sus cuentos... Entremos al museo o al pueblo, son sinónimos.

*Escuela de Escritores del Espacio Cultural Jaime Sabines.
Sociedad General de Escritores de México. (SOGEM)
Noviembre de 2001.*

José Antonio Reyes Matamoros.
Editor.

Smile

Tierra de dioses
© Alejandro Aldana Sellschopp
Derechos Reservados.
1ª Edición. 2001.
Editor: José Antonio Reyes Matamoros.
Impreso en México.

El contenido de este libro se puede reproducir total o parcialmente por cualquier medio siempre y cuando sirva para combatir el atraso en y de nuestros pintorescos pueblitos.



Presentación

Del origen a la época actual. ¿Origen para qué? ¿Cuál época? El tránsito no es sencillo. Como sociedad nueva, la de los colonizadores españoles nació de la ambición, del miedo, de la sorpresa ante lo desconocido aunque también del valor para enfrentar 'el nuevo mundo', concreto, difícil sin duda, ese fue su objetivo, lo lograron. Los conquistadores ganaron la guerra e impusieron su cultura.

En Tierra de dioses el autor presenta con sencillez su investigación y la recreación de la oralidad mestiza: su mejor y más encomiable acierto es crear las atmósferas de acuerdo al carácter de los personajes: la necesidad, la desesperación, el acoso de los colonizadores está íntimamente ligado al límite de sus fuerzas: encontrar agua ante una selva misteriosa que cobra vida y les anuncia el precio por establecerse: aceptar sus leyes, reproducirse como ella: así misma, con el tiempo y sus elementos naturales. Esa es La noche de los incestos. Y no hay marcha atrás, el incesto es problema secundario, con él nace el engaño, la mentira y el cinismo para aceptar los sucesos como naturales. En esa naturalidad autorreferente se funda el pueblo, asimilado y

reproducido a sus pobladores como verdad; por eso la vileza y la maldad se dimensionan en una constante que abarca generación tras generación. Esas categorías contraéticas están, así, en el origen. El cuento inspecciona un suceso en el tiempo y el espacio, cualidades de estas narraciones: el autor conoce las arterias comunicantes, acentúa, como crítica, las contracategorías que le dan forma y fondo al comportamiento de sus personajes.

Son pocos los signos pertenecientes al autor: Alejandro Aldana recrea símbolos existentes vivificados en forma literaria. El más llamativo, el esencial, nadie tendrá que traducirlo ni buscarlo para encontrar su significado, es el dedicado a Libertad en *La orgía de los niños*. Aldana Sellschopp trata estos temas con claridad: en este Pueblo no hay fantasmas, existe, sí, el paternalismo del cacique junto a su malevolencia; existe, sí, la frontera bien definida entre etnias, allá los tzeltales, acá los señores; la ignorancia somete, crea rangos, o una ingenua esperanza social, el autoengaño por la posibilidad de auxilio del nuevo abogado en Dios llega en avioneta; el pueblo sabe que ese futuro abogado será el sirviente del cacique. El pueblo necesita un símbolo y lo crea al través de sus aspiraciones, sin base, con

fe; metáfora de la crueldad, traslada la supuesta superioridad de algunos a la ignorancia de muchos.

Aldana Sellschopp nos entrega en *Tierra de dioses*, su cuarto libro, una propuesta estética donde ensaya cuanto artista desea: un mundo concreto en la narración, un pequeño universo ceñido por las reglas del lenguaje y por el talento del autor, por su rigor y disciplina en el tratamiento de ambientes y personajes: ese es el cuento: hacernos creer que el suceso ocurrió así, no de otra manera. El cuento y la novela son interactivos, concepto éste nacido antes de sus formas electrónicas: la literatura es una necesidad de universos por cuanto observamos, percibimos y deseamos en la cotidianeidad o en la historia que desconocemos.

Aparece el símbolo. Libertad es violada y ultrajada por una banda de jóvenes hijos de 'los hombres fuertes', ¿la causa? No relacionarse con ellos, permanecer indiferente a los actos banales de los 'Cerebros Privilegiados'; el don cerebral de esos jóvenes tiene como sustento, no como conciencia, el aprendizaje del nazismo, jóvenes producto de la más rara mezcla de vida cerrada, poder económico y analfabetismo, nazis pueblerinos, tan peligrosos como los nazis de origen: según ellos hieren y derrotan a Libertad al po-



Smile

seerla por la fuerza, al drogarla por la fuerza, para enseñarle y demostrarle su poder. Libertad tiene su pequeño mundo, aquellos no toleran más mundo que el suyo, entonces Libertad deberá ser sometida y aprender, ¿qué?, que esos 'cerebros' son herederos del poder legal y de facto ejercido por sus padres: libertad la de ellos, prueba de esa nada virtual manera de transferir, como los señores feudales de siglos atrás, el poder a sus vástagos.

Los cuentos de Aldana Sellschopp son una visión sin complacencias, crítica, aguda, escudriña esos mundos del pensamiento y la práctica lumpenesca. Para los 'cerebros privilegiados' todo es un momento fugaz, acaso preparar su vida adulta en el ejercicio del mando, del comercio y de las 'buenas costumbres' que habrán de prolongar: no hay erotismo, sino cópula salvaje, no hay sexualidad sino bestialismo, no hay música sino estridencia, la convivencia es complicidad para el abuso; incluso su culto satánico es invención fácil antes que compromiso con el culto mismo. El concepto lumpen se usó a finales del siglo XIX y hasta entrada la mitad del XX para señalar a esa masa de desposeídos fuera de cualquier clase social, producto del desempleo, de la competencia por el trabajo y de esa fauna

humana siempre dispuesta al crimen. En la segunda mitad del siglo pasado el concepto varió en su significado: la burguesía alta como la mediana, engrosaron la fila de los lumpen al comportarse como asesinos, drogas, criminales. Esa herencia es quizá la única más sólida que hoy transfiere el capitalismo salvaje cuando los monopolios de los países más desarrollados ejercen el mando económico mundial, empobrecen a la burguesía local, antes poderosa, y transmiten la maledicencia a sus 'jóvenes herederos', y al conjunto de la sociedad: ese es el Prole, de ...El ágora ética, un lumpen; ese es Güichito, hijo del cacique, ese el cacique que decide cuándo tocará a su heredero la presidencia municipal; lumpenes esos 'cerebros', y lumpenes quienes asisten como visitantes al Museo de la muerte conducidos por la amable voz que los incita, por segunda ocasión, contra Libertad: "Libertad ha muerto", gritan llenos de contento. En el paroxismo de esa pequeña masa Libertad es acusada de traidora, ¿quién traiciona a quién?, la doble metáfora viene yuxtapuesta: los museos no exponen la verdad, así lo desarrolla Aldana Sellschopp, en los cuentos anteriores ha narrado una verdad totalmente distinta a la ofrecida por el guía del museo: las salas donde se muestra la historia es la



Smile

historia de la mentira: "Libertad ha muerto" en el ejercicio de la individualidad de los visitantes, ellos se complacieron en matarla creyendo la mentira del impersonal e invisible guía: ¿no es ésta la realidad que vivimos por estar ajenos a nuestra historia?, ¿no es ésta la cruel metáfora del crimen cuando nos guían por senderos no pedidos ni pensados como pueblo?, más aún, en esa ficción de Sellschopp ¿adquirimos el rango de cómplices por el silencio de nuestra ignorancia? Esa es la propuesta del autor: llenarnos de malestar, colmarnos de vergüenza ante los sucesos, despertar nuestra ira contra el imbécil de Montesinos, "el Iturbide del sur" por mediocre y por ser ese fondo la herencia del analfabetismo, del utilitarismo y de la traición. Sellschopp despierta esos sentimientos, logra así el cometido de sus cuentos; de facto expone un problema de estética narrativa. Contrario a la idea de concentrar la narrativa en los sucesos de las grandes metrópolis, puesto que se 'agotó' el tema del pueblo, Alejandro demuestra lo consabido en el páramo de la literatura chiapaneca: la historia es una mina a ras de pluma para vivificar, narrar lo que hoy somos como sociedad; Aldana aborda su contemporaneidad, ¿existe diferencia entre el comportamiento lumpen de algunos estudiantes de las pe-

queñas universidades con ciertos estudiantes lumpenes de las grandes universidades?, ¿hay diferencia entre las bandas lumpenes de hijos de poderosos del pueblo con la lumpenada de hijos de poderosos de la gran metrópoli?

La visión oscura de la vida, por un lado; y por otro la ácida ironía sitúan a Aldana Sellschopp y su Tierra de dioses entre dos paralelos: José Revueltas y Jorge Ibarjúengoitia, dos de los más importantes narradores mexicanos; el primero descubre las motivaciones del ser humano, mirando con tal profundidad como pocos de su generación; el segundo, desmitificando las acciones humanas y llevando al hartazgo de la hilaridad sus situaciones lúdicas. Dos narradores pilares, entre otras lecturas, de donde Alejandro Aldana parte y escribe estos cuentos.

Como problema estructural, es decir estético, en Tierra de dioses Aldana Sellschopp se propuso que cada cuento pudiera leerse de manera independiente al tiempo que visto el conjunto del libro el lector lo apreciara como parte integral del mismo, cumple su objetivo y lo potencia al crear en esos ambientes el lenguaje que los narra.

Tierra de dioses es producto de la beca que obtuvo Alejandro Aldana Sellschopp por parte del



Smile

FOESCA-Chiapas, 1998-1999, al tiempo que del proyecto Aérea Palabra, octubre de 1999-junio de 2000, premio del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, FONCA, para el desarrollo del octavo diplomado en creación literaria de la Escuela de Escritores del Espacio Cultural Jaime Sabines, donde Aldana Sellschopp imparte la asignatura de narrativa, coordina talleres de fomento a la lectura y revisa sus cuentos... Entremos al museo o al pueblo, son sinónimos.

*Escuela de Escritores del Espacio Cultural Jaime Sabines.
Sociedad General de Escritores de México.(SOGEM)
Noviembre de 2001.*

José Antonio Reyes Matamoros.
Editor.

Tierra de dioses

Alejandro Aldana Sellschopp



Smile

La noche de los incestos

El temblor conjura la tarde. Nos detenemos en un claro de la selva, el lastimero aullido de un coyote se pierde en la espesura, parvadas de zanates abandonan las copas de los árboles, los caballos asustados se niegan a seguir, un extraño sobresalto se apodera de nuestros corazones, algunas mujeres se persignan y rezan entre dientes, otras corren sin sentido, jalando a sus hijos que lloran a gritos; otros tropiezan, se incorporan, “¡Recen hijos míos, son los demonios de la montaña, tratan de impedirnos el camino!”, grita Fray Pedro de la Nada, aferrado a los estribos de su mula; “¡Volvamos, este no es destino para nosotros, padre”, la confusión se apodera del grupo, “Nadie retrocederá sin el consentimiento de Dios!”, uno de los caballos agita las crines, relincha, se para sobre sus cuartos traseros, “¡Es el infierno, regresemos!”, “¡Está temblando, Santiago, protégenos!”, inmensas rocas se desprenden de los montes, el rugido de jaguares cerca nuestro miedo, cotorras y monos provocan escándalo, “Hínquense, hínquense hijos”, bandadas de loros, garzas y

tordos vuelan escapando del miedo; sobre nuestro terror el cielo deja ver las primeras estrellas; Fray Pedro de la Nada corre trastabillando hacia un peñasco, la rama de un ciprés se desgaja y golpea al fraile en la espalda, cae de bruces, los gritos de las mujeres se confunden con rezos y oraciones el dominico lívido de pánico trepa con dificultad a una enorme piedra, con gran esfuerzo logra ponerse de pie, mujeres y hombres lo escuchamos de rodillas dentro del caos, la espesura de arbustos y bejucales se agita con violencia, el crujido de la tierra nos aturde, el suelo se abre formando una larga y profunda grieta, un pino es arrancado de raíz y cae, gritamos, una niña resbala, logra agarrarse a las piedras, el indio que sujeta las riendas de los caballos salta a rescatarla, la toma al vuelo de la negra cabellera, el temblor aumenta con tal violencia que lo lanza al fondo del abismo junto con la niña; poco a poco todo vuelve a la calma, nos acercamos a la imponente abertura, las miradas se pierden en las entrañas oscuras de la tierra; con la niña son ya nueve gentes y cuatro indios perdidos, dos bestias, cinco espadas y seis ballestas; nos hemos perdido, la desesperación nos con-

vierte fantasmas, debemos retroceder, el terremoto nos anuncia el fatídico futuro; ¿qué piensa Fray Pedro de los avisos?, él está entregado en cuerpo y alma a su designio: encontrar agua para fundar el pueblo.

La mañana es soleada, una parvada de guacamayas cruza el inmenso cielo azul, los almácigos se ven altos y colorados, al pie de sus raíces alhelíes y violetas permanecen fragantes, el viento encrespa las bugambilias, Fray Pedro bebe una taza de aromático chocolate, las mujeres, sudorosas, preparan memelas de frijol; mulas y caballos fatigados y hambrientos pastan alrededor, los diez indios beben pozol bajo un frondoso alcornoque, algunos arrancan raíces y tallos, los mastican despacio, con la mirada perdida, escupen los bagazos después de chuparles el jugo. Terminando de comer, agitados por el miedo, cargamos mulas e indios con sacos de cuero y cofres; en las petaquillas llevamos panes dulces, galletas de huevo y azúcar, el chocolate y los enseres; reanudamos el camino con el deseo y la ilusión de encontrar el agua, en el andar vamos habitándonos de cañadas y valles. En nuestras manos apare-



Smile

cen senderos cósmicos, nuestros ojos tan sólo ven
nubes grises vagando en el horizonte; mantenemos el
curso en lo alto de los abismos, la eternidad se reparte
en la lujuria de los días, en el rugido del tigre, en el
vuelo del quetzal.

El espíritu de la selva se mete en nuestros
cuerpos, recorre venas y arterias, fluye su ritmo mile-
nario en nuestros corazones hasta apoderarse de espe-
ranzas y presagios, vamos acostubrándonos al peli-
gro, al diario cerrar cuentas con la vida que puede ser
arrebataada durante la noche por un hálito venenoso.
Tenemos sueños de fuego, la boca de piedra, las pier-
nas de tierra. Con la mirada llena de pesadillas vemos
lo infinito en el guayacán viejo, en el aleteo del chu-
pamirto la sospecha de la catástrofe.

Muchos días han pasado y la urgencia del agua es lo
único que nos hace seguir, el camino es más tortuoso,
los caballos están a punto de reventar, avanzamos con
lentitud a través de arbustos y desfiladeros; atravesamos
cañones pedregosos, atrapados por la humedad y
el asfixiante calor, a lo lejos se levanta un ocotal en

medio de espléndidas montañas, helechos se hierguen
a la altura de los árboles de zapote y las enredaderas
cubren totalmente los viejísimos troncos; la tarde llega
con chachalacas, luz incendiada sobre las montañas.

Por Fray Pedro de la Nada fundamos el pueblo
en los orígenes de la desdicha, corrientes de tiempo
perdido se encuentran en la encrucijada opuesta y na-
cen las voces del olvido; ahora somos árboles tristes,
ramas tejidas en la sequía de la distancia; la memoria
nos nació muerta como nuestros días; prestamos voz a
las cosas, y el río y la piedra nos definieron; las horas
transcurren simples, como la savia de las plantas, la
hojarasca cubre retoños de huellas y nos perdemos; las
montañas abren sus hocicos y nos tragan, quisimos ser
dioses y somos remedos de Nada, los atardeceres se
secan en nuestros ojos, los espacios se llenaron de
ciadas, los pantanos expulsan sus sombras y nace la
noche, el silencio despliega sus alas sobre la historia,
desde la copa oscura de los árboles, naguales y chuleles
auguran el futuro; levantamos nuestras primeras casas
de lodo y caña brava, bajo pinos y liquidámbares reco-



Smile

nocimos la mirada siniestra de la sangre; pero callamos.

Hacemos un calendario de odios y rencores, necesitamos agua fresca, nuestras mujeres engendran hijos secos, los hijos siembran tumbas secas, la muerte crece en las veredas; el fantasma del platanal aparece entre las chozas: nadie dice Nada. Del vuelo de los murciélagos nace la luna nueva, su pálida luz ilumina las verdes hojas de guano, las enormes pencas de plátanos, el miedo palpitante sobre el zacatal, y la ausencia de lluvia en cada puerta. El silencio nos cerca, afuera el viento arrastra el humor de las bestias, las raíces reptan con la coralillo y la ratonera; la Nada, la Nada apoderándose de todo, entonces el tigrillo hijo se acopla a su hermana, el perro hijo monta a su madre, el saragüato padre penetra a su hija, el celo viene del fondo de la selva, el estro de las hembras es tan intenso que mueve las hojas de los árboles; las bestias bramando en su cópula, la montaña se reproduce a sí misma; en nuestros jacales el deseo de los animales nos crece y nos contagia, el padre acaricia a su hija, mi hijo toca mis pechos flácidos, mi hermano desgarrá mi

entrepierna, chupo las nalgas vírgenes de mi sobrina, con el semen de mi padre me inundo de sus miedos; las carnes viejas de mi abuela se hacen frescas, penetro a mi nieta, toco el carajo duro de mi primo. De pronto el cielo truena encolerizado, los relámpagos cimbran e iluminan la jungla, el viento arremete contra arbustos y cañaverales, un rayo sacude el caserío y el aguacero cae como aletazo de pesadilla, lava las horas, los años, derrumba cedros, troncha ramas y bejucales, caobas, pinos; el ruido es insoportable, los chillidos y rugidos de las bestias nutren el espanto; el agua invade las chozas, los arbustos se abaten a nuestro alrededor con un sonido tembloroso.

Tiembla otra vez, las rocas se desprenden de los cerros, los árboles se desgajan, la tierra se resquebraja en un crujido tremendo, pasan por nuestra mente todas las señales y profecías, "algo" nos habla; nuevamente el silencio, tan fuerte y profundo que los oídos sangran, algunos mueren de silencio.

Comienza a amanecer en nuestra desesperación, no canta el gallo, ni relinchan las bestias, los bramidos se



Smile

esfumaron con los primeros rayos de sol; sentimos el ritmo de la selva en nuestros cuerpos; necesitamos vernos, reconocernos en el pecado y la culpa, sentimos la humedad y el intenso calor, la mañana es limpia como ninguna, nuestros ojos no pueden retener tanto verdor, apuramos al jacal de Fray Pedro de la Nada, pero está vacío, y al momento olvidamos al fraile.

A lo lejos, entre las montañas, serpentea el imponente río, nadie dice Nada; con sólo verlo sabemos que nos ha tragado la noche, y en ese lugar fundamos el pueblo. Desde entonces el silencio es nuestro bálsamo.

Dios llega en avioneta

Los "hombres fuertes" se reúnen en el café del Vikingo, ellos saben premiar la fidelidad y la sumisión, papá Güichón, el viejo, solemne y autoritario, vestido de porteño, la camisa a cuadros empapada en sudor, el sombrero tejano de lado, muerde su grueso bigote y habla a gritos, "Qué bueno que llega don Gil..."; don Gildardo entra al lugar, chorreando agua del traje blanco, un airecito refresca el sofocante calor, el viejo camina entre las mesas, se quita el sombrero de palma, saluda y se sienta junto a don Pelayo Quiroga; don Agripino alza los brazos, grita "¡Jaque mate!", le gana la partida al cura, apagando el comienzo de "Es la boa, la boa", papá Güichón, el viejo, ordena colérico "¡Callensen!, ya está aquí don Gil. Le doy la noticia de lo acordado por los representantes del Partido Revolucionario Institucional: apoyaremos a su hijo Tranquilino, por ser el más juicioso, el más estudiado y sobre todo el más católico; mire, voy a poner la mitad del dinero, y otra parte pa'que se compre unos trajes, dos pares de zapatos y un reloj, lo demás lo pondrán ustedes, para



Smile

eso de los libros, ese es el acuerdo”; el ventilador de pedestal remueve el vientecito caliente y el penetrante olor a café tostado; don Gil, secándose el sudor de la frente con un paliacate rojo, agradece con voz entrecortada, “Muchas gracias, papá Güichón, Diosito se lo pague; la meritita verdá, ese es mi sueño desde que fui capataz con los Kortum, por eso junté mis ahorritos”, “Ya ya, no me hable de esos pinches alemanes, se han quedado con nuestras mejores tierras y todavía se meten en nuestros asuntos...”, le interrumpe papá Güichón, el viejo; don Simitrio, presidente municipal a las ordene de papá Güichón, el viejo, dice en voz baja “Pido la palabra en nombre de la autoridad que me enviste, en nombre de mi gobierno en turno, acepto la propuesta y cuentan con mi apoyo inmaculablemente ejercido”; don Pelayo Quiroga, director de El Buen Samaritano, limpia sus gafas de carey, carraspea, escupe un gargajo verduzco, “Bien, muy bien señores, el Clú acepta por el futuro de las futuras generaciones”; papá Güichón, el viejo, sorbe de la taza humeante de café, “Es que es necesario tener ya un profesionista propio del pueblo, el doctor Gómez no cuenta por ser

de la capital, necesitamos un abogadazo, pa’ meté en cintura a la indiada, no lo voy hacer todo yo, ¡carajo!”.

El sol ilumina el pueblo, repiquetean las campanas de la iglesia animando la gritería de la gente en el parque, el aburrimiento se rompe para despedir al joven becaño, hasta los más pobres llegan a la placita para dar sus adiós y bendiciones a Tranquilino, de impecable traje negro, el cabello relamido hacia atrás y los ojitos anegados en lágrimas, sube al jeep de don Apuleyo; después del estallido riguroso, el carro echa a andar, recorre a vuelta de rueda las polvorientas calles, frente al hotel de don Cuco un grupo de muchachas tiran confetti y sueltan globos de colores, en la esquina del banco se le unen la Asociación de Charros y las Damas de la Vela Perpetua, los más distinguidos acompañan a Tranquilino a la salida del pueblo; el muchacho limpia las lágrimas de sus ojos, el jeep frena en medio de una nube de humo y bufidos del motor, el cura Talegaflaca y su monaguillo fray Memelas rocían el coche con agua bendita; Tranqui se persina, mira a la muchedumbre, a su padre consolado por el profe Gu-



Smile

mercindo, papá Güichón, el viejo, aplaude orgulloso; Luis, su mejor amigo, hijo único de papá Güichón, el viejo; se despide con ambas manos; junto a don Pelayo, Tranqui descubre a Pacífica, el amor de su vida, alta, sostiene sus noventa y ocho kilos y un cirio pas-cual en las regordetas manos, sus cachetes enrojecen cuando el futuro abogado la ve; el motor ruge, expulsa humo espeso del escape y avanza, don Gil llora de emoción, su hijo sólo tiene ojos para la obesa muchacha, Pacífica no puede contenerse y le manda un beso con la mano derecha.

Tres meses después en el café del Vikingo la gente escucha la primera carta que Tranquilino envía de la capital del estado; las señoras respetables, gordas y presumiendo sus joyas ocupan las mesitas, acompañadas de los “hombres fuertes”, algunos oyen de pie y otros sobre la barra; papá Güichón, el viejo, se levanta nervioso, tiene problemas para leer, el Vikingo apaga la sinfonola, interrumpiendo “Esta tarde vi llover, vi gente correr...”, el viejo lee, todos escuchan atentos como si fuese Porfirio Cadena, El ojo de vidrio; “Re-

aban todos un saludo fraternal. Especialmente papá Güichón. Aquí en la capital del estado me han recibido muy bien, la gente con la que me recomendaron son muy buenos, me dieron un cuartito muy bonito y agradable, la facultad de derecho es un verdadero recinto del conocimiento, los maestros son unas eminencias y mis compañeros son hijos de influyentes. Llevo puros ochos y ya me aceptaron en el grupo Resurrección Espiritual”; con cada noticia los asistentes aplauden de gusto, en la posdata Tranquilino pide una ayudadita extra, necesita lentes; el profe Gumercindo toma un trago de leche y se inclina hacia don Pelayo, “Qué bueno, eso de los anteojos muestra que ta’ estudiando”.

La petición de Tranquilino provoca una movilización popular; las beatas de la Vela Perpetua, dirigidas por Altagracia, con una cajita forrada en terciopelo rojo, acompañada con la foto de la primera comunión de Tranqui, de casa en casa solicitan cooperación; en las escuelas los maestros descuentan algunos pesos al ahorro de los niños, en cada feria el comité Pro-Abogado promueve la Lotería Tranquilino, y colocan



una urna para ayudas espontáneas, larguísimas filas de personas felices de cooperar con la causa, los campesinos vienen de las montañas a dejar su contribución, “Venimos con mucho trabajo, pe’ hay que ayudar al licenciado”, “Yo voy a dejar un ahorrito pa’ las medicinas de mi papá, pe’ primero es lo primero, sólo son unas moneditas de veinte centavos”, ilusionados de la protección contra la furia divina, que les ofrecerá su abogado.

Finalizado el primer año Tranquilino regresa a vacacionar al pueblo. En casa de papá Güichón, el viejo, se ha dado cita la aristocracia para dar la bienvenida al muchacho, el patio rodeado de una larga mesa con sendas ollas de tamales y mole, en medio la rigurosa pista de baile; Tranquilino trepa a la tarima y presa del pánico ofrece su sentidísimo discurso, embellecido con versos de Oscar Caballero, quien le escucha desde su mesa, sin evitar lágrimas de emoción; “Soy el arquitecto de mi propio destino; pero jamás lo hubiese conseguido si no fuese el usufructuario de su fe, gracias a papá Güichón, me dan ese derecho real, esencialmente

vitalicio y temporal por naturaleza, de disfrutar de los bienes ajenos; tengan presente, que con la ayuda de La Virgen, ¡no les fallaré!”, los comensales aplauden satisfechos, brindan levantando las copas con vino rosado; junto al gallinero la marimba Nereida interpreta Perfidia, alborotando a gallinas y guajolotes.

Desde las seis de la mañana Tranquilino fue a casa de papá Güichón, el viejo, a agradecerle su ayuda; después recibe en su casa, uno por uno las comisiones Pro-Abogado: las Damas de la Vela Perpetua; al profe Gumercindo y sus alumnos de la primaria “Gaudelio Segundo”, al cura Talegaflaca y sus monaguillos, al Círculo de Poetas dirigidos por Oscar Caballero y doña Cayullita la Larga, quienes declaman veinte acrósticos en su honor. Al caer la tarde recibe su último visitante, Luis Moral, alto, gordo, con sus anchas camisas a cuadros, Tranquilino no lo ve entrar, dormita sentado en la mecedora de mimbre, bajo el árbol de mango, en el pequeño patio de tierra; Luis atraviesa la salita, don Gildardo escucha la hora de Pedro Infante, come curtido de nanches, lo saluda y camina por el corredor:



Smile

-¿Cómo está el geniecillo del pueblillo? -grita Luis, malicioso. Tranquilino despierta, busca sus lentes en la mesita cubierta de periódicos, revistas y cancioneros Picot.

-¿Hermanito del alma, cómo te va? -saluda Tranquilino, se levanta y se abrazan con emoción.

-Pinchi Tranqui, la gente se quita el pan de la boca pa' mandarte lana y tú ni engordas, carajo -juega Luis, sentándose en la silla de cuero, manotea para espantar los zancudos.

-Mirá compita, no vine pa' besuquearte las patas; vine pa' algo mejor; hoy deja de ser de la vida alegre la Princesa Margot, ¿te acordás de ella?, aquella salvadoreña que trajo don Cachito al putero, la que volvió locos a todos; sí, pues, la que desquintó a los cuatachos; sin contarte a ti, siempre fuiste un miedoso pa' las viejas; ese es el chismesote que casi casi hace sombra tu regreso; el pendejo de don Cachito no se aguantó más y se va matrimoniar con ella, ¡jálale!, no nos podemos perder la última noche de Margot.

Tranquilino saca su paliacate de la bolsa del saco y se limpia el sudor de la cara, mira al cielo, la tarde

se va pintando de noche, mueve el cuello aburrido, cansado del ajeteo del día.

-No Luis, sabes que jamás he acudido a un lugar de esos, ¿no te das cuenta?, son las trampas del diablo para tentarnos, me he conservado virgen y limpio de pecado, con la venia del Sagrado Corazón, y venir a mis veinticinco años a ser vencido por Satanás, justo hoy que muchos fieles tienen fincadas sus esperanzas en mí; yo que represento tanto, ¿asistiendo a un burdel?, ¡la Virgen me proteja! -Luis lo observa aguantándose la risa, se lleva un cigarrillo Raleigh a la boca, masca el cerillo de madera que ilumina su rostro.

-Pinchi Tranquilino, si hasta las putitas cooperan pa' tus estudios; ¿a poco no te dijo don Cachito?, la paga de los lentes la dieron sus muchachonas, ¿no te das cuenta, güey?, toda la pendeja gente te echa la mano, quesque los vas ayudar; pero ya vámonos, se va ser tarde.

Ante tales argumentos Tranqui se rasca la cabeza, duda.

-Tienes razón, iré; pero sólo por esta ocasión, por nuestra amistad y por la ayuda que las muchachas



Smile

me dan -Tranquilino se levanta decidido; encoge los hombros, Luis sonríe triunfante.

Por el descampado el jeep de don Apuleyo avanza con dificultad, en el asiento trasero Luis y Tranquilino brincotean por el camino de terracería, el campo aéreo se cubre de luciérnagas:

-La mera verdad no se me hace buena idea - dice Tranquilino. El carro cruza hangares y potreros, a sus espaldas resplandecen las luces del pueblo.

-Carajo cabrón, si no vas a cogerte a nadie; sólo vamos a echar un ojo; a la gente le va dar gusto verte con ellos; hay que jalá parejo, si no ¿cómo te los vas a ganar?, si hasta el cura Talegaflaca es cliente y ni quien diga pío -el ladrido de perros los acompaña al pasar por las casas de cartón.

-Pero debo cuidar mi imagen, dentro de cuatro años seré el abogado del pueblo y...

-Ahí sí no chingues, te mandamos a estudiar pa' que arregles las movidas de mi papá; no nos hagamos tarugos, los "hombres fuertes" tan que se cagan de miedo, hasta el pinchi gobierno está mermando la

autoridá de los meros meros; la cosa está de la chingada, ya oíste como los trae jodidos ese Jaramillo, ¡puta!, ahorita invaden hasta los patios de las casas decentes; ya acabó la paz, no se puede trabajar honradamente; mirá, primito, hasta el Cárdenas, que le tocó su buena traxada, echa leña a eso de la liberación nacional; yo que López Mateos lo mando a matar -el humo del cigarrillo de Luis ahuyenta los mosquitos.

-Yo tengo bien claro para quien estudio; debes reconocer que estudiando evitaremos tantas salvajadas; ya viste lo de Cuba, ¡hasta Dios es prohibido!, y ahora se dicen ¡comunistas!, ¡sólo el derecho nos puede salvar! -la noche es calurosa, la luna muy alta ilumina la montaña, en la vereda se dibujan sombras de árboles de mango y aguacate, los fanales alumbran el intempestivo salto de los conejos.

-Cálmala hombre; más que estudiar, hay que partirles la madre; ahí tienes el año pasado, tuvo bien que el ejército calmara a los maestrillos, ¿sabes que haría yo con el cabrón de Valentín Campa?, me lo echo luego luego y se acaba la rabia; el gobierno sabe cómo hacerlo Tranqui; ¡los chingadazos calman a esos



Smile

jijos! -los gritos de Luis se escuchan entre el intenso canto de grillos y chicharras; Tranquilino cabizbajo lleva las manos entrelazadas.

-Pero reconoce, necesitamos una base legal para hacerle creer a la gente que las leyes son la mejor forma de solucionar los conflictos, y así, con recursos dilatorios, nos la vamos llevando, para que los hombres de tu padre peguen primero -el jeep toma la curva cerrada, el motor deja escapar un ruido ronco.

-Ya güey, luego seguimos hablando de estas chingaderas -a través de las tupidas ramas de cafetos se distinguen las luces multicolores del lugar; Tranquilino traga saliva, le tiemblan las manos; ante sus ojos se yergue la imponente carpa de "El Circo", comprada por don Cachito a una familia de cirqueros empobrecidos, la enorme cara de un payaso es la entrada al burdel, gritos y risas se escuchan con estruendo; "Servidos señores", dice don Apuleyo con un dejo de aburrimiento, los muchachos bajan de un salto, un borracho vomita sosteniéndose en los barrotes de una jaula oxidada, cruzan la sonriente boca de lámina y entran al lugar; la luz de los reflectores de niebla iluminan a los

asistentes; los ojos de Tranqui parecen saltar de sus cuencas, en la pista bailan algunas parejas sobre la lona estampada de estrellas; a su alrededor las mesitas ocupadas por borrachos y prostitutas gordas, más atrás, en lugar del graderío, los cuartos de las muchachas, separados con tela a rayas, el chirrido de los catres se confunde con risas y el choque de vasos y botellas, Luis saluda a diestra y siniestra, "Ya, cierra la bocota, se te va meté una putita", dice mientras jala a Tranquilino y se sientan a una mesita de lamina, "Vas a ver que viejorrón; ¡mira cuánta pinchi gente!; ¡uertota que uno es cliente distinguido, que si no, le ordeno a todas las chamaconas que te violen", una mujer gordísima se acerca rascándose el trasero, "¿idiay, Güichito?, poqué nos tenés tan abandonadas", se sienta en las piernas de Tranquilino, éste tiembla, la prosti masca un chicle, le acaricia el rostro empapado en sudor; de pronto y para su sorpresa Tranqui siente una erección; Luis ríe, voltea hacia la barra, busca a Carmelino, el único mesero, le hace una seña con la mano izquierda, "Ya Ballenita, deja al licenciado, es gente decente, él no coge putas, sólo se chaqueta", la Ballenita se aleja haciendo una



Smile

mueca con los labios; Carmelino atraviesa la pista, cojea de la pierna derecha, viste de azul y blanco, la franela renegrida cuelga de su raquítico pecho, “¿Qué se toma don Luis?”, “Una botella de whisky y botanista”; termina el mambo ocho, las parejas silban al tiempo que buscan sus mesitas. Sólo queda una luz sobre la pista, aparece don Cachito, chaparro y moreno, con un traje de rombos plateados, zapatos de dos colores, su cara de mono araña parece nerviosa, se acerca al micrófono, “Buenaas nooochees damaas y caaballeeros, su centro exclusivo ¡Eeel Ciiirco!, tiene a bien darles la más calurosa de las bienvenidas”, anuncia con su voz chillona, “Hoooy queridos amigos, se despide del chou, del magnífico mundo del espectáculo, ¡laa úniica!, ¡la inigualable!, ¡Reeeina Maargoot!”, los asistentes silban, aplauden entusiasmados, golpean las mesas con las botellas, “...y para acompañarla, el grandioso Maaago de los teclaaados ¡Raayito de Luuuna!”, alzando sus largos brazos aparece don Claudio Tolodano, músico del burdel y de la iglesia, se sienta al órgano eléctrico y estira los dedos; don Cachito enrolla el cable del micrófono, “Para todos ustedes, la maaás

grande ¡Reeeyna Maaargot!”, Rayito de Luna toca Nereida, la gente acompaña con las palmas, “jey,jey,jey,jey”, gritan de felicidad, “¡Reina, no te cases!”, de un salto Margot entra a la pista, menea su escultural cuerpo, el vestidito de chaquiras roja y los mayones transparentes muestran su piel morena, las fuertes y torneadas piernas se mueven cadenciosas, provoca gritos de emoción, sus redondos pechos se transparentan empapados en sudor, en cada vuelta su cabello negro juguetea con el humo de cigarrillos; Tranquilino se imagina manoseando esos muslos jugosos, lamándole los pechos; tiembla de excitación, le arde la cara, sorbe rápido el whisky; a su lado Luis aplaude y se suma al “jey, jey, jey...”, Margot se acerca, Tranquilino tiembla descontrolado, ella lo mira mientras cadera, él siente un intenso hormigueo en el vientre, la Reina abre las piernas hasta tocar el suelo; Tranqui se levanta de un salto, “Más, más, más”, grita salpicando saliva, se arquea sosteniéndose de la mesa, se estira todo lo que puede, balbucea y eyacula, “Pinche Tranqui, que rápido se te olvidó la Virgen y tu imagen, ca-



Smile

rajo”, dice Luis entre risas, Tranquilino le responde jadeando, “Hermanito, me siento mal, he pecado”.

Tranquilino no quita la mirada de Pacífica, Luis junto a él, da la última fumada a su Raleigh, la regordeta muchacha mira de reojo a los jóvenes, su papada escurre hilitos de sudor, el vestido azul contrasta con el mantel naranja de las mesas; Pacífica coquetea a Tranquilino, él le sonríe con timidez, la imagina tan hermosa como la Reina Margot, ahora esposa de don Cachito, viste su atuendo de rumbera y él su traje de rombos; los mismos hombres que anoche gozaban de los encantos de la ex bailarina, vienen del brazo de sus emperifolladas esposas a desearles un feliz matrimonio; la Reina Margot, ahora doña Esperanza, fue aceptada porque papá Güichón, el viejo, es padrino de anillos y brindis. Pacífica cruza el patio entre las parejas que bailan El Alcarabán, se aproxima a Tranquilino, “¿Así que usted es el abogado del pueblo?”, pregunta la muchacha enrollando su cadena de oro en un dedo, Tranquilino contesta solemne, “Efectivamente, mi queridísima damicela”.



El amor entre Tranquilino y Pacífica se intensificó durante ese año. Él le escribe mes tras mes cartas apasionadas con citas textuales del código civil, y sus planes de matrimonio se formalizan; ella le contesta puntualmente, previa bendición por el cura de cada una de sus misivas. Una tarde de mayo, cuando Tranqui memoriza Corintios y el código penal, recibe carta de Luis, la abre apresuradamente, al ir leyendo no puede contener su sorpresa por todo lo que su amigo le cuenta: “Para mata el aburrimiento fui a una tertulia en casa de doña Cayullita la Larga, al Sírculo de Poetas, la noche era bien aburrída, recitó Oscar Caballero; hasta que Adelaida Quiroga, la hija del director del Buen Samaritano, cantó Bende caro tu amor, aventurera, acompañada por don Rayito de Luna al piano, y no te miento primito, me quede impresionado, la voz de la chaparrita y negrita muchacha me flecharon, y ya llevamos dos meses de romance”. La sonrisa de Tranquilino se desvanece al leer: “el derecho como te dije desde siempre cabrón, cirve pa puro pinchi carajo: en el año dijeron que hasta la oca mando a la chingada a

los cubanos, barbones delincuentes; ya viste sonso, mano dura pa los reboltosos; y míralo que le icieron al jaramillo, pa que veas, esa si es inteligencia, el muguey entrego las armas y el gobierno se lo echo a el, su mujer, y sus hijos, los gabilleros merecen eso y mucho mas. Por eso mi papa, trae buenos hombres, ya viste los madrazos son los que valen...”

Cumplidos cinco años de rezos y esperanzas el pueblo puede presumir a su primer profesionista, meses de espera y contribuciones llegan a su fin; la gente acude orgullosa al campo aéreo a recibir al Licenciado, el graderío fue prestado por “El Circo de las Putas”. Desde las cuatro de la tarde llega la muchedumbre, las mujeres lucen sus mejores ropas, largos vestidos color pastel con amplias crinolinas, guantes hasta los codos, abanicos de encajes; los hombres en sus trajes negros, el olor a naftalina se mezcla con la peste a sudor de los no distinguidos; la familia Moral en las gradas superiores observa la parafernalia; Pacífica es un manojo de nervios, el gran chongo del cabello la hacen más gorda y cachetona, abajo se sienta la gente sencilla, algunos



Smile

aporochos dormitan por el intenso calor, los gritos de boletos aumentan la algarabía, los organizadores corren por la grava de la pista de aterrizaje, preocupados por el cielo nublado; doña Esperanza empolvándose la nariz comenta ilusionada, “Ay comadrita, es como si Dios llegara en la avioneta”, doña Cayullita la Larga termina de retocarse los labios, “Bonita metáfora, Dios llega en avión, no hay duda, la poesía vuela de flor en flor”; cerca del graderío se venden palomitas, chicharrines, bolis y paletas, junto a los puestos donde la marimba Nereida espera la orden de don Pelayo para tocar; en su silla de ruedas el profesor Gumercindo presume orgulloso, “Yo lo descubrí, supe ver el talento en su mutismo y timidez”, el Vikingo con una charola de horchatas, la camiseta empapada en sudor, ofrece un vasito a don Gildardo, de impecable traje blanco, el paliacate rojo en la mano derecha, a su lado Papá Güichón, el viejo, con traje de norteño, la chamarra con barbitas y gallos de pelea a la espalda y bajo el tupido bigote el puro, “Hasta que por fin salió el chamaco, don Gil, si viera’ste como me siento contento; es bueno dejarle a mi Güichito todo preparado,

como que ya vienen sabiendo que nacieron pa' mandar los cabrones; al Tranqui lo voy a poner a chambiar luego luego, ya le ordené al presidente municipal que le hagan un su despachito". El cielo se oscurece, las dos horas de espera se convierten aburrimiento general; de pronto el sopor se rompe cuando por el cerro la Ventana, aparece un puntito que va creciendo, "¡Ahí viene el licenciado", grita un bolerito con la nariz llena de mocos verdes, la fiesta inicia al instante, se levantan de las gradas, porras en medio de aplausos y vivas, el cura Talegaflaca rocía agua bendita a diestra y siniestra, la marimba entona una diana desafinada; de pronto un relámpago cimbra la tierra, el silencio se impone, don Gildardo tiembla al ver la avioneta desaparecer tras las densas nubes negras, el mismo bolerito grita desilusionado, "¡Ya se lo llevó la chingada al abogado!", nadie habla, el Vikingo golpea con la charola la cabeza del muchacho, otro relámpago ilumina el campo aéreo, sólo nubes amenazantes; sobre el entarimado el padre Talegaflaca dice entre hipos y eructos "Fieles, queridísimas ovejas, ¡fíeeles!, vamos a rezar para que papá Diosito no sea aguafiestas", tambaleándose abre los



brazos, la gente en el graderío se toma las manos y alzan sus plegarias, un trueno más a todos provoca miedo; el bolerito, trepado en su caja, aúlla emocionado, "Ahí está, ahí viene el licenciado abogado", el ruido del motor de la avioneta anima a los asistentes, bailan a ritmo de Las Chiapanecas, aplauden, gritan, las porras se escuchan más fuertes; por fin la avioneta aterriza, el entusiasmo se desborda, corren hacia el aparato, las hélices dejan de girar lentamente con los últimos estertores del avioncito, "¡Que salga, que salga!", exigen impacientes, en ese momento se abre la puerta, "Ya, no muevan esta cosa del demonio por el amor del Sagrado Corazón"; implora Tranquilino, trajeado de negro, los lenticillos de concha, sus cortos brazos sostienen en alto el título, la bulla es ensordecedora, Luis y un grupo de hombres cargan a Tranqui, lanzándolo hacia arriba, el cuerpecito sube y baja; el cielo se ilumina con un nuevo relámpago, y cae una tremenda granizada.

La gente asiste como nunca a la iglesia, apenas suena la primera llamada a misa de domingo, los fieles esperan

apretujados en las bancas, rayos de sol se cuelan por las ventanas de malla metálica, el rancio olor de la parafina se mezcla con la peste de flores podridas, el repiqueteo de las campanas hace crujir la bóveda de madera, las golondrinas vuelan sobre las cabezas murmurantes; en el púlpito, iluminado con foquitos de navidad, aparece el cura Talegafaca en sotana blanca; el cuchicheo se intensifica, el sacerdote se arrodilla frente al Cristo de madera, se persiña mecánicamente, el monaguillo fray Memelas suena unas campanitas; los feligreses se apretujan en los pasillos, en las dos entradas y en los escalones del Altar Mayor; el cura toma el micrófono, un sonido chillante sale de las bocinas, lo golpea contra la cabeza de un angelito y sopla, finalmente puede hablar, "Hijos, hoy es un día muy especial, el Señor regocijó de valentía a nuestro ínclito licenciado, quien de la manera más católica me pidió, pida en matrimonio ante todos ustedes a la hermana Pacífica"; la muchacha, sentada en la primera fila, levanta sorprendida sus ciento veinte kilos; don Rayito de Luna, aún borracho, mueve su largo y delgado cuerpo al compás del Ave María que interpreta en el

órgano, el calor es insoportable, las beatas cantan con voz de plañideras; las mujeres quitan sus velos negros y hacen una larga fila por el pasillo central, felicitan a la futura esposa; Altagracia bebe de su pachita de aguardiente, los hombres van y vienen apurados entre abrazos y besos; en la confusión, el ya teporocho Cecúb roba la corona de la Santa Patrona del Pueblo; la gente sigue llegando, se arremolinan, cantan alabanzas y boleros, don Rayito de Luna entona "Me he de comer esa tuna, me he de comer esa tuna...", doña Esperanza, sin poder evitarlo, caderea al ritmo de la música, tira el altarcito de San Calixto del Cobre; afuera estallan cohetes; Tranquilino se pone en pie, camina entre la gente, le aplauden, lleva un ramo de rosas en la mano izquierda y en la derecha la imagen del Sagrado Corazón de Jesús impreso en la Constitución, el Vilingo le palmea la espalda, doña Cayullita la Larga le sonrío, don Pelayo asiente con la cabeza, Luis lo abraza emocionado, Tranquilino rompe en llanto, Pacífica lo espera con los brazos abiertos, "¡Beso, beso, beso!", les anima el cura desde el púlpito, todos gritan con él;



Pacífica, empapada en sudor, se agacha y besa al hombrecito entre sus brazos.

Un mes después del matrimonio, el abogado estrena su lujoso despacho, la alfombra verde y el escritorio de cedro le gustan tanto como los altos libreros y la gran foto de papá Güichón, el viejo; al lado de los retratos de su padre y la de su boda. Lllaman a la puerta, con timidez asoma la carita de la secretaria del presidente municipal, "Abogado, un cliente", Tranqui se pone nervioso, peina su cabello engomado, con extrañeza ve entrar a la Ballenita, verdaderamente fea, gorda y descuidada, las arrugas se remarcan en la gruesa capa de maquillaje, "Buenos días, señor licenciado", dice con voz triste y respetuosa, "Vengo a que me eche una manita; usted verá, yo fui quien hizo las colectas entre las muchachas del "Circo", para que usted pudiera estudiar y pues, ahora sí que traigo un problema...", "Pero siéntate mujer, sin pena", señala Tranquilino una de las dos sillas frente al escritorio, la mujer deja caer su envejecido cuerpo "Mire, siempre hemos tenido problemas, pero usted sabe, no había con quien

quejarse; pero ahora es distinto...", "Pero cuéntame que pasó, vamos dime", la apura Tranqui sacando una pluma de oro de la bolsa del saco, "Pues nada, que anoche llegó al "Circo" don Pelayo Quiroga, agarró a su muchachona de siempre, la Pantera; y nada, después de unas dos horas, se empezó a oír un ruido de la chingada, usted perdone; y que ahí vamos todas a ver, y fíjese usted, el muy desgraciado le quebró una botella en la cabeza a la Panterita, al pinche viejo ya no se le para, y le echó la culpa a mi prima; ella está muy grave, dice el doctor Gómez que chance y no la salva; y yo quisiera...", Tranquilino se levanta enfurecido, se pasea por la estancia, "Pues mira, yo me fui a la capital del Estado para estudiar leyes, me pasé ¡cinco años!, dedicado al derecho, fui admitido en la Barra de Abogados capitalinos para defender causas justificables jurídicamente; sabrás que el esquema categórico señala dos tipos esenciales de leyes, las ¡Divinas! emanadas del mismísimo Dios nuestro Señor y las leyes de los hombres, promulgadas por el respetabilísimo Congreso de la Unión; y si no lo sabes, ustedes las prostitutas infringen los dos aparatos normativos; son las causantes



de muchas acciones antisociales, si a tu prima le pasó lo que le pasó, pues bien ganado se lo tiene, son gajes de su oficio; yo no me esforcé tanto en mi preparación para atender conflictos del demonio; las leyes son muy claras, ¿de cuándo acá las putas exigen derechos?, ¡la Virgen me ampare!”

El cura Talegaflaca se recuesta en el catreapestoso, enciende un cigarro Fiesta y pateala colcha sucia, el sudor de su cuerpo desnudo brilla a la luz de un foquito rojo, la Ballenita se sienta en una caja de madera, se pone el brasier, “Como le digo padrecito, el licenciado nos desconoció, pa’qué tanto esfuerzo; la pobre Pante-rita perdió el ojo y el muy canijo nos salió que las prostis no tenemos derechos...”, el sacerdote manotea a una mosca, la Ballenita se acerca al cura, éste le manosea las nalgas mientras dice “Mira hija, el abogado Tranquilino actuó bien; él estudió”, afuera se escucha entre risas “Fue en un cabaret donde te encontré...”, “Padre, si aprendo a leer, y leo la Biblia, ¿ya voy a tener derechos?”. “¡Cómo! ¿Crees que cualquiera puede leer la Biblia?, no hija, esa es Palabra de Dios”, la mu-

jer se sube los calzones trabajosamente, “Bueno, viéndolo así, pues tiene razón, jodidas nosotras por no haber estudiado”. El sacerdote se levanta y se pone su guayabera blanca, “En esta vida hay que hacer valer lo aprendido. El licenciado estudió para los “hombres fuertes”.

Visiones

[El río exhuma ruinas de tiempo.

Huesos como cimiento sostienen el pueblo, refulgentes las casas encaladas con polvo de muerte; llegamos a este rincón del mundo e impusimos nuestra fuerza a la furia de la selva, y en el empeño limpiamos la ponzoña trepidante de la blasfemia, ¿quiénes sino nosotros para hacer producir la tierra?, ¿cuántas manos son necesarias para construir ciudades?, ¿cuánto pueden valer las insignificantes vidas de los aborígenes? Que mueran de viruela y peste, que le teman a nuestros piojos y ladillas; somos el camino de su futuro, blandiendo la espalda y disparando la ballesta, ellos ceden ante las aguas tumultuosas, nosotros trazamos y construimos el puente, ¿cuántos cielos valen sus dioses? ¡El nuestro no sacia su sed de sangre en la cruz!]

Una tzeltal atrapada en la puerta de mi cuarto, las manos de una chol quemadas en las cocinas, sus pies agrietados sobre pasillos y corredores, abro ventanas y encuentro sus ojos mirando desde su odio, callan el

pesado rencor de los años, ante el agradecimiento de haberlos pacificado.

¡Sí, aprovechamos el corazón de Fray Pedro!, era justo. Sí, matamos, mutilamos, los quemamos vivos, ¡la encomienda mayor debió cumplirse! Eran y siguen siendo enemigos de Dios, del rey y de nosotros.

[Los hijos que engendramos surcan cada montaña, talan arboladas completas para fincar su imperio. ¡fer-viente es la convicción en lo eterno!, faltan brazos en la extracción de plata y oro, sobra empeño, decisión en los preparativos del terreno para la nueva humanidad. El mejor templo lo edificamos en los cepos, en los azotes, en el hambre, en el desprecio. ¡Los indios saben que somos su única esperanza!

El tedio inunda pozos, camastros y fogones. Trazamos calles para que los miedos se vayan; el rostro de bestias con cuerpos de hombres reflejándose en cristales y espejos de incertidumbre. De la santa Europa traemos la rabia insaciable de la riqueza.]



Smile

[América con sus esplendores se gestó el día que nació nuestro primer vástago en estas tierras, ¡no es su pasado su tesoro!, ¡comienza su grandioso porvenir!, los corazones se cansaron de la Nada; no volveremos la mirada a la pena despatriada, es el momento de la fundación de nuestra palabra.]

En las paredes de la iglesia sepultamos a nuestras víctimas, una gigantesca cruz en el centro del Pueblo en lugar de la ceiba, una fulgurante antorcha de resina roja y apestosa junto a ella, sobre cuerpos hincados de mujeres, niños y hombres que siguen al cura en sus rezos, se proyectan sombras perdiéndose en nubes de humo; en el resplandor se ven grupos de indios con los rostros brillosos de sudor, rezan perdidos en sus más lejanas leyendas. ¡Para eso construimos la iglesia!

[Ni el peso de la noche, ni la duda amenazante en cada vereda, impedirán nuestra gloria de pioneros, ni las cuevas habitadas por demonios, ni las raíces embrujadas de las almas. El paganismo preparó su ruina, atamos sus piernas y sus manos, arrancamos los corazo-

nes que aún palpitantes fueron devorados por las aves, ¡Dios los puso en la senda! No pueden hacer otra cosa más que servirnos. Para eso son nuestras tropas de legionarios, soldados, sacerdotes, legistas.]

Bajo la bóveda del templo se escuchan lamentos, no saben cantar, están condenados al llanto, es más fuerte el griterío de los niños, los gorjeos de golondrinas y el rebuzno distante de los asnos: nuestros hombres levantan la voz en el tumulto excitante de cazar salvajes en la selva. Suenan guitarras y castañuelas en los patios de las casas. Crecen himnos a la madre patria.

[¡Ganamos la guerra!, llegamos hasta aquí a despojarlos de la tierra y sus fuerzas, plantamos nuestro futuro sobre sus desdichados y miserables hombros, cada latido de sus bestiales corazones nos pertenece, como nos pertenecen sus mujeres y sus hijos, y los hijos de sus hijos.]

Entre penitencias al Todo Poderoso, bañados en sangre, amontonados en la iglesia, bajo la estupefacta mi-



Smile

rada de los Santos del Altar Mayor, ¿quién se atreve a impedirnos la civilización de estos miserables?, los heridos fueron encerrados en el atrio, unos sobre bancas, otros en los pasillos, una mujer gorda en los espasmos de la muerte amamanta a su cría desnutrida, ¡sus árboles son nuestros!, ¡Sus ríos son nuestros!, ¡Nuestros los campos y los maizales!, ¡Esto es nuestro y sólo nuestro!, ¡Dios nos permitió llegar para enmendar el camino!

[La memoria reposa en las tumbas. Cada estación del año florece en estos puños, la señal del silencio nos cerca para decirle a Fray Pedro de la Nada: "Te esperaremos en el claro de luna, interrogando con sorda resignación a la Historia, aquí estaremos para reunirnos en la sombra de la distancia, en la guerra, perdidos en el caos. Necesitados de escuchar de tu boca el origen de nuestra miseria". En las madrugadas de largas lluvias hablaremos del alma y la existencia, todos y cada uno concluirá, Pedro: "Nos dejaste la confusión de la tempestad, después de ser testigos de tus rezos, de tu sombra escurriéndose en la distancia de las

horas, queda apenas el reflejo pálido de tu ausencia". Bajo las paredes del nuevo caserío sentimos el cansancio de tus profecías, tu signo negro en las empedradas calles, pobladas con pasos sin horizontes.]

¡Esta es la misa de los tiempos! De rato en rato una queja de dolor, un grito de impotencia. Tensas las ballestas, afiladas las espadas, arcabuces retacados y machetes relucen al paso de los cirios, ¡esta es la misa de los tiempos! ¡Celebramos con Dios nuestro triunfo!, salimos de la iglesia en largas filas y nos encontramos con el inmenso valle del silencio.

¡Pesa tu soledad, crece como larva en los agrietados adobes, en los altos techos, tu lenguaje muerto en las aldabas de los portones. Ahora, alrededor de los espejos, un fuego consume lentamente siniestras imágenes de nuestro triunfo, ¡triunfo! sobre nosotros mismos, guerra contra la naturaleza para lograr la civilización. El tortuoso viaje ha terminado, hemos salvado caminos escabrosos, terremotos, ¡ganamos esta tierra!, ¡nadie podrá quitarnos el destino!, en esta travesía junto



Smile

con el enemigo al que doblegamos con nuestros Dioses, por sendas desconocidas e inciertas, nos procuraron la dominación, ellos cargan nuestro odio y rencor.]

Elementos imponderables acerca de la transmutación ética (una reflexión histórico-filosófica del origen y funcionamiento de el ágora).

El Prole llegó a la capital del estado con una promesa: conquistar en nombre de los esteros de su pueblo, todas las chambitas posibles. Sin más problemas que convencer a la anciana de la pensión para pagarle con sardinas cada dos meses, el Prole se instaló en el cuartito, apenas se movía chocaba con su mal aliento; no le fue difícil dormir en el catre oxidado a pesar del constante y agudo chirrido en mi menor de los resortes; sin importarle goteras y humedad, se integró a su suite desde la primera noche, colgó sobre dos tubos cinco camisas, tres pantalones y su atarraya; colocó un espejo donde todas las mañanas contemplaba su imagen extremadamente delgada y morena, la cara picada de viruela, la nariz chata y ancha, los labios gruesos, el cabello negro y lacio hasta los hombros, sus negros ojos legañosos.



En la facultad el Prole fue uno más del montón, aprendió oratoria leyendo dos veces “Cómo dominar a los demás hablando bien”, ganándose su primer apodo, Cicerón del Soconusco, sus compañeros le adularon, “Aprovecha tu magnífica y marina caja torácica”, le decía una tarde de lluvia en la cafetería Juan Chano con su voz de pito, “Ni madres, la neta del Cicerón es empujar la voz desde los güevos”, contestó desde otra mesa Miky, ahijado de todos los políticos en activo. El Prole se enorgullecía y en cada oportunidad demostraba su enjundia costeña, coronando sus esfuerzos cuando fue contratado formalmente, remuneración de empanadas de papa de por medio, como la “voz guapa” de la estación radiofónica XERIA, ahí cada cinco minutos anunciaba la hora; a los dos meses se volvió histérico por repetir la hora y comer empanadas, ganando su segundo apodo: el Cucú playero.

En cuarto año, Luis su gran amigo, dirigente estudiantil, regordete, chaparro como sus ideales, más blanco que su conciencia y con cara de cerdo, Guichito para sus padres, terratenientes expertos en despojar a los



indios, Luis Moral, que aseguraba “institucionalmente tener todas las tarjetas de los políticos más influyentes de la Entidad Federativa”, Luisito, contralto del coro “Voces fraternales del amor”, motivó al Prole a participar en el movimiento estudiantil del campus, querían ganar las elecciones al Comité Ejecutivo.

Cuando se planeaba la estrategia de la planilla Rosa Mexicano para ganar los comicios, al Prole le cayó el centavo, se supo lento como las computadoras dos ochenta y seis del centro de cómputo, el centavo se lo puso Cléopatra, hija de un antropólogo alcohólico que juraba haber conocido al Ché en un torneo de futbolito. La Cleo, democrática en sus acciones, dio entrada al Prole y en pleno faje detrás de la biblioteca, cuando él le pedía que le dijera cosas sucias al oído, ella sin inmutarse le aventó el rollo del hombre nuevo, aprendido en el ABChé, el Prole juró por todos sus santos leer al Rius, siempre y cuando lo ayudara a terminar. La Cleo, activa, le ayudó con sus manitas.

Luis le explicó al Prole “...si para los exámenes no necesitamos estudiar, mucho menos para la campaña, basta con el dinero que papá Guichón me man-

da”; pero el Prole se empeñó en leer un manual de marxismo de quince hojas cuya presentación ocupaba nueve, en las seis restantes el autor exponía la historia económica del planeta; leyó también Diez Días que Conmovieron al Mundo, jamás devuelto a la biblioteca; y sustentó sus ideas con el Manifiesto Comunista, en cuya primera página agregó en crayola verde “diocito es mas chingon”, cambiado en una librería de viejo por parte de su colección de revistas pornográficas, además estudió la obra completa de Og Mandino.

Así pasaron los veinte días que conmovieron al Prole, pues desapareció de la facultad. Se rumoró su muerte por congestión alcohólica; y la planilla Verde-Limón soltó otro chisme: “El Prole tiene gonorrea fulminante, por eso las putas llegan a preguntar por él a la dirección”; la verdad, el Prole era padrote de aquella prosti, argumentó una relación puramente formativa, “El mejor ejemplo compitas, del pensamiento progrescista”. Sin embargo, algunos descartaron tal hipótesis, el Prole se autodenominó, “Onán el bárbaro”, en una borrachera frente al Gran Masturbador de Dalí

que tenía en una pared de su cuarto. En realidad Mario sufrió una metamorfosis profunda.

La tarde del certamen La Flor más Bella de Leves, el Prole apareció con el cabello despeinado, una chamarra de mezclilla rota, boina negra, morral al hombro apestando a pulpo y pescado, guaraches más grandes que sus tenis anaranjados, fumaba puro que hedía a caca de perro; para él, “Todo activista emancipador debe por principio abandonar cualquier práctica capitalista de aseo personal e impersonal”. Por fortuna se presentaba la última reinita y corrimos para hablar con él, sin decir palabra caminó hasta el aula de juntas, nos requirió a entablar una discusión de nivel, Luis estaba muy molesto, se le notaba en los cachetes rojísimos, con las fachas del Prole nadie votaría por la planilla; ya reunidos el Prole habló enérgicamente “Camaradas, las necesidades de nuestra universidad deben prioritarse, debemos hacer una reflexión dialéctica del método de lucha, el proletariado hoy más que nunca se encuentra vigoroso para tomar el poder de la comunidad universitaria, se hace necesario una justa distribución de la riqueza y de los horarios, de los



medios de producción y de los torneos deportivos, es por ello que propongo se cambie el método de lucha y chiapanicemos el movimiento, para ello, salvo mejor argumento del compañero Luis, me he tomado la libertad de contratar una marimba y comprar seis ollas de tamales de chipilín para el día de las elecciones, ¡Sufragio efectivo, no reelección!”. Así consiguió su tercer y definitivo apodo: El proletario.

La mañana de los comicios la Cleo, sabedora de sus categorías, se hacía llamar “Hedonista, Masista y Pesimista”; algunos le agregaron teórica, práctica y consecuentemente puta, no puso ninguna resistencia a la orden del Prole para disfrazarse de la Virgen de Guadalupe, él lo haría de Juan Diego y el Chagua de Parachico, valiéndole una severa caída desde el segundo piso, donde la porra bailaba animosamente Las Chiapanecas; la marimba tocó desde las dos de la tarde un Bolonchón, provocándole lágrimas a don Chonito, el conserje más viejo de Leyes. Luis, institucionalmente el nuevo Presidente del Comité Ejecutivo, en agradecimiento regaló al Prole, que bailaba la danza del Tori-

to, una botella de whisky, el álbum de dos compactos de discursos de Fidel Castro y una credencial con fotografía. Se admite a Mario López, 23 años, estudiante de derecho, en el glorioso Partido Revolucionario Institucional, “Ves, pinche Proletario, ahora los dos somos Revolucionarios”, “¡Sufragio efectivo si reelección!”, gritó el Prole con la botella de Chivas en la mano izquierda.

La cantina de doña Chon estaba llenísima, la generación de nuevos licenciados se apoderaba de las mesitas, carta blanca, los gritos y berridos de los infaltables llorones silenciaban boleros de los hermanos Domínguez, sonando en la consola; en el centro la Cleo bailaba semidesnuda, a su lado el Prole recitaba un discurso de Fidel Castro, en la barra el Miky era detenido por el gordo Pochotas, pues se empeñaba en cambiar a las rolas de los Bigis; de pronto se escuchó “Ya llegó su padre jijos de su rechiflada progenitora”, gritó Luis al entrar a la cantina, algunos aplaudieron, otros golpearon con las botellas de cahuama sobre las mesas,



Luis buscó con la mirada al Prole y caminó a encontrarlo.

-¿Qué crees, pinche Prole? -gritó Luis acomodándose en la mesita.

-Tu pá-pito te regaló otro cárrito -le contestó interrumpiendo la parte del discurso donde Fidel llora.

-Frío, frío, como las cajas de champaña que les he traído.

-Se compró una casa con alberca olímpica, bar, querida y amante.

-No mames, de esas ya tiene seis, según el último censo familiar.

-Pues qué chingados te dio, una vieja para hacerte machín, ¿te vas otra vez a las europas?, ¿te compró otro título?, por cierto dale las gracias por el mío, ¿no?

-Putá madre, vos no das una hoy; no güey, me regalo, tararán: ¡La presidencia Municipal!, ¡verguita!, desde que el monigote municipal se elige institucionalmente con voladitos en la cantina, papá Guichón carga la monedita. Papá Guichón pone y dispone; sí, mi queridísimo Proletario, todos con el honorable

Partido Revolucionario Institucional, jamás renegaría de la mano que nos da de comeeer, mordeeer, co geeeer, beeeber, y salud pues, echen para acá una botellita.

-Pues en nombre del Comité Clandestino de Alcohólicos con Seudónimos, te doy mis más sinceros pésames y ve siempre por la trinchera adecuada, mi queridísimo Luis, por...

-¡Bájale de huevos a tu rompopel!, tú te vas conmigo, cabrón. Desde hoy te nombro: Consejero Institucional en Asuntos Culturales de mi municipio, o sea constitucionalmente y en estrictus sensus, un perfecto aviador; y checa aquella mujer bailando con las tetas de fuera, bien, mírala desnuda por última vez en tu vida, mi buen Mario Proletario; pues aparece en mi presupuesto como síndica y madre de mis futuros hijos...

-¡Ora sí te la jalaste!, tás jodido, la Cleo va a volver un burdel tu puto palacio municipal, a tu putísimo pueblo y a ti en el más institucionalmente cornudo municipal, hay que tener güe...



-¡Chitón, callaos, cállate perrro!, lo tengo decidido y cuando Luis Moral decide institucionalmente un asunto no hay Prole que lo baje de su macho. ¡Viva México, cabrones!

El recibimiento no pudo ser mejor. En la camioneta Willis, apoyado en el toldo, con guayabera color guaya y el escudo Nacional en chaquira a la espalda, coronada de orquídeas la testa y lleno de ladillas el pubis, Luis Moral saludaba a la muchedumbre, a su derecha la primera dama Cléopatra, vestida de blanco, lanzando al soberano pueblo chicles Yucatán, chimbos, camotes y cacahuates, “¡Vivan los indios que se aventaron al Sumidero!”; al flanco izquierdo de Güichito, el Prole, la cara sudorosa, los dientes amarillos, sombrero de palma y una cruda infernal por los quince días de borrachera; entrando al parque repiquetearon las campanas con vibrato patriótico, “Luis, ¿por quién doblan las campanas?” “¡Por los padres de estos pobres güeyes, mi queridiiiiísimo Prole!”

Luis, en su primer acto de gobierno, decretó institucionalmente una semana de festejos: un baile en

la presidencia municipal, otro en el registro civil, uno más en la cárcel preventiva, el cuarto en la agencia del Ministerio Público, en los dos cabarets, en el atrio de la iglesia y el hospital; la gente, feliz de un presidente como Luis, llegó a saludar al mesías, el cordero de Dios, largas filas de campesinos, burócratas, niños, prostitutas y ancianos con regalos de toda índole: gallinas, patos, huevos, guajolotes. “Después de esta, me voy p’a la grande papá Guichón”, “Pero seguro, faltaba más mi cachorro, ¡tú te vas pa’ la silla de la república, caramba!”.

-No Pancho, la cosa no va por ahí pues, entiende, esas tierras no te pertenecen, yo no voy a cambiar los estatutos agrarios del sistema de registro de tenencia y pertenencia de los terruños individuales per cápita.

-Pero patroncito, miresté mi pobreza, ¿si quitás mi tierra dónde va ir yo?

-No empecines tu terquedad, no soy yo el que las quita, se hace formalmente necesario restituir los baldíos a los legítimos tenedores agrarios, consuetudi-



nariamente sustentados en los decretos y acuerdos respectivos.

-Si siempre pues vivimos ahí, desde antes que usted naciera y más todavía antes de que su papacito viniera a quitarnos la mitá de la tierrita, con todo su respeto, pue'; y ahorita ya lo quiere el otro parte.

-No me incrimines tu rencor, Pancho; además el Señor Guichón, cuando yo trabajo institucionalmente y desempeño mis sagradas actividades, automáticamente se convierte en un deber ser, y no afecta la esfera del ser; o sea en términos prácticos, él no es mi padre, sino un ciudadano más, con sus derechos y atribuciones, en la más pura relación impero-atributiva, deslindemos pues el nepotismo, yo soy la autoridad y punto.

-No mi presidente, no lo entiendo tanta palabra; pero no me lo quiten la tierrita, de qué van a vivir mis diez hijos y mi mujer; además ahorita ya lo había yo conquistado la sirvientita de los Gómez, ya ni pa'l Jaguar va salir...

-Mira Pancho, las leyes, ¡y este es un país de leyes!, me conminan para que esas tierras se entreguen al

legítimo propietario, puedo prometerle, y ya como cuates, que no te metan a la cárcel; porque has cometido un pecado impagable en moneda nacional y de cuenta corriente, durante muchos años, según las actas correspondientes, comiste, viviste, de un territorio geográfico, lo cual y coyunturalmente te conduce a la prisión; pero si me desocupas para el lunes, no serás perseguido cobijándote en la ley de adminstía.

-Pero si tengo la escritura pue', ya no sea usted malo...

-Ya colmaste mi paciencia, si el lunes todavía estás asentado con tus bienes materiales y patrimonio familiar e intrafamiliar, te vamos a remitir constitucionalmente a la fuerza pública, como último y necesario recurso coercitivo, dentro de mis medidas preventivas señaladas en el código de señalamientos; en una palabra mi querido Pancho, si no te sales te vamos a partir tu rechingadísima y necia madre.

Luis inauguró el burdel a las ocho de la noche y salió a las tres de la madrugada; caía una suave llovizna, manejaba orgulloso de su gestión para con su amado



pueblo, las calles anegadas estaban solitarias. “El progreso de los hombres no puede peliarse con el placer, daré sexo, misas, alcohol y calles pavimentadas”, planeaba Luis al dar vuelta en la esquina del banco, “A nuestra gente le vale madres lo demás, y qué bueno, ¿quieren beisbol?, pues ensártales beisbol, ¿piden bailes con la marimba Frailescana?, mételes la frailescana, ¿exigen remodelar el parque?, atorníllales su parque, ¿desean su reinita pa’ la feria?, déjales ir su reina con todo y cetro. Los maderos de San Juan, piden pan, no les dan, piden queso y les dan un gueso”; canturreaba al bajar de la camioneta, trastabillando, un relámpago lo iluminó y le provocó miedo, entre el agua, con hipos, vio la silueta de un hombre chaparro, empapado, con la mirada fija, “¿Qué putas quieres?, ya te dije perro que las tierras no son tuyas y por mis güevos te largas pa’l infierno, maldito”, sin más Luis sintió un golpe en la cara, la sorpresa y el dolor le impidieron gritar, otro golpe en el hombro lo derribó, desesperado volteó para encontrarse la mirada enfurecida de Pancho, “No padrecito, usted es bien estudiado pue’, pero eso no se hace”, asestó un machetazo en la es-

palda, otro en una pierna de Luisito que se arrastraba en el charco de agua, lodo y sangre, “Vengo pa’ lo de mi territa”, el filo del machete pegó en el brazo izquierdo, “Pesqué usted se porta muy mal”, el arma arrancó la oreja derecha, la punta rasgó el párpado izquierdo saltándole el ojo, por la herida del cuello se notaban huesos y venas azulosas, la mano derecha a punto de desprenderse, el cachete rebanado mostraba la hilera de dientes, le temblaba la papada sanguinolenta, desesperado, vomitando chorros de sangre, Güichito arañaba con tres dedos que aún tenía la puerta de su casa; Pancho, jadeando, se limpió el agua de la cara y se inclinó para decirle: “Me vasté a dispensar don presidente; pero más que la verdá, como asté dijo, antes que me quiebre mi rechingadísima madre, mejor yo merito y humildemente, le tasajeo su ladronísima madrecita de asté”; el golpe cayó al medio del cráneo. Luis quedó inmóvil; Pancho enjuagó el machete y sus manos en el chorro de agua que caía del canal del techo, enfundó el arma y se alejó, iluminándolo otro poderoso relámpago.



La lluvia no impidió a la gente de las montañas llegar al pueblo para acompañar en su último viaje a su querido presidente municipal, hombres, niños y mujeres lloraron durante la semana de luto decretada por Elpidio, el nuevo presidente designado por papá Güichón; las marimbas, sobre la plataforma de camiones cubiertos con lonas, tocaron en el paseo fúnebre; los mariachis, Las Hojaldritas, el coro de niños del Perpetuo Socorro; lograron el escándalo más estruendoso jamás escuchado en cualquier suceso. La Cleo, triste y extrañando sus principios de vida democrática, partió a la capital del estado, después de cumplir ocho días de labor hormiga, llevándose en sendas bolsas: relojes, joyas, el cáliz de oro del altar mayor de la iglesia.

El futuro del Prole fue más negro que su testa, Papá Guichón lo desconoció, pidiéndole el cargo, la recámara, las camisas y pantalones, la coca, marihuana y varias botellas de whisky, todo producto del santísimo erario público “¿Pero ónde carajos estabas, cabrón?, si te recibí como a un hijo fue pa’ que cuidaras de Güichito; no, sí ya me dijeron que te estabas cogiendo a la

Cleo; si no fuera porque respetaba a mi cachorro; si hasta se bañaba en cueros en el patio, dizque no sabía que yo estaba en la casa; pero tú, Mario, dejaste solo a mi chamaco, eso te va acostar muy caro, en este pueblo, de mi propiedad, todas las puertas y portones se te han cerrado”.

El Prole se sumió en la desesperanza, le faltó valor para regresar a su casa, derrotado; buscar a sus queridos compañeros de generación fue una idea que sin saber por qué fue posponiendo, la sobrevivencia lo condenó al pueblo. Nadie ayudó al antiguo y olvidado paladín de la cultura; recorría las calles con una maleta negra y la desdicha a cuestas, ni el cura, ni las prostitutas se compadecieron de él. El Prole lloró su suerte bajo los árboles de la calle Los Pinos, ahí pasaba las noches entre sueños y maltratos de los policías, que tenían orden expresa de papá Güichón “Dénle en la madre donde lo encuentren”, regla que el comandante seguía al pie de la macana. En callejones desconocidos para el Prole, se encontró con los Drogones, banda de niños adictos al tiner y al cemento, “Tengo un hambre de perros”, dijo el Prole al Tongolele, un muchachito

de doce años, extremadamente flaco, con los ojos saltones y los pómulos hinchados, un mechón pintado de rojo le colgaba en la frente, “Pues éntrale al chemo, vas a ver cómo se te espanta el hambre de boleto”; así el Prole comenzó con el cinco mil.

Julito Rarotonga, filósofo por confusión y teporocho por convicción, salvó al Prole. Una noche de extenuante calor, tras una semana a medio comer, bebiendo alcohol del noventa y seis rebajado con Fanta, pero con una dotación de medio kilo de marihuana, Julito y el Mish buscaban comida en los basureros del mercado, ahí encontraron al Prole bajo el puesto de tacos “El Asesino”, rodeado de perros flacos y gatos sarnosos; Julito no tuvo dudas, presa del delirium percibió y aprehendió la magnífica aura de aquel indigente, sin hacer caso a la impresión superficial de su ser, la cara negra e hinchada iluminada por la luna, los labios exageradamente gruesos y rajados, la nariz llena de granitos con pus, escondían, en el mundo de las apariencias al Maestro de la Verdad Eterna; Julito, la boca abierta y los ojos a punto de saltarle de las cuencas se hincó

60



Smile

ante la aparición, el Mish sin inmutarse comía en lucha abierta con los perros un pedazo de desperdicios de pollo; “El mundo paradisiático de las ideas platónicas se derrumba ante tu presencia, ¡oh! Príncipe del saber, con sólo verte sé que eres más sabio que el cronista del pueblo”, declamó Julito con lágrimas en los ojos, “Ya, pinche filósofo cuatrero, bájale a tu pedo”, reclamó el Mish arrebatándole un trozo de pescado a un gato, “Calla, empírico, estamos ante el Hombre, él desnuda el cielo de esencias perfectas, Él posee los hilos del ámbar de Simojovel, las artesanías de Chamula y las esferas orientales de San Judas Tadeo”, las razones de Julito animaron al Prole y de un salto trepó sobre un tambo de basura, alzando los brazos argumentó “El mundo de las ideas corrompidas nos persigue, somos la sombra de una sombra; el camino está en debatir, no como simples y vulgares sofistas, nuestra guía es la dialéctica para lograr la verdad, pué”; en aquellas sabias palabras Julito vio en el Prole a Sócrates Negro caminando por las calles de Atenas, hablando a la plebe en las plazas públicas, lo imaginó coronado de laureles, la túnica blanca con estampados de la

61

Superior, un racimo de uvas rojas en la mano derecha y una heladísima cahuama en la izquierda, “¿Eres acaso el Mesías?”, preguntó a media voz, “Yo soy el que tú quieras, puedo ser Gavilán o Paloma, Platón o Sócrates, Aguila o Sol, Manolín o Chilinski, pué”, “No hay dudas ontológicas, eres quien yo espero”, dijo sorprendido Julito, pasándose las manos por el cabello sucio y tieso, como estropajo, a su lado el Mish comía la mitad de una mandarina magullada.

Julito convenció al grupo de teporochos, en una extrañísima reunión los más de noventa alcohólicos padecían un delirium tremens colectivo, veían al Prole sentado en un trono de fuego en medio de la vieja cancha de basquetbol, lugar que Rarotonga llamaba el Agora Etilica, a las afueras del pueblo, en las ruinas del auditorio municipal; fray Memelas, entonces dirigente moral de los teporochos, hombre sabio, conocedor de sus limitaciones, a la primera propuesta de Julito cedió gustoso su cargo al bien ponderado Prole, convirtiéndose éste en el Gran Maestro, matrícula 666, de la Logia de Teporochos Asociados quien desde el primer día de funciones tomó medidas drásticas

en la reorganización del gremio: mandó un edicto a todos los barrios, expuesto de viva voz por los camaradas en cantinas y callejones de malvivientes, hasta reunir a todos los alcohólicos activos y uno que otro anónimo que de una vez por todas decidió abandonar el grupo “Los Doce Pasos”.

Así el Prole se puso a la cabeza de la Unión de Teporochos, Sociedad Agónica de Capital Faltable, distribuyendo a los asociados por actividades y en células alcohólicas bolcheviques, “Martof lo dijo antes que yo, célula de peseros, tarea: pedir un peso hasta reunir para el aguardiente; Comité de Salú Pública: comandada por Cecúb, el anciano conoce las granjas de pollos y marranitos, tarea: robar productos de la canasta básica. Comité de Alimentos accesorios: comandado por Juanón, tarea: pedir “un taquito por el amor de Dios que acabo de salir de la cárcel”. Comité de Relaciones Públicas: comandado por Jaguarín y el Milcamisas”; sin duda alguna este comité contribuyó más a la proyección del gremio, se alquilaban como plañideros en los funerales, de porra en los partidos de béisbol y como duendecillos para los carros alegóricos



de la feria, gracias a las magníficas gestiones del Milcamisas fueron contratados en las marchas a favor del Partido Revolucionario Institucional, en fila india, enarbolando floridas mantas con consignas escritas por el cerebro privilegiado de Julito Rarotonga, que de manera sospechosa conseguía rápida inspiración; el Mish cargaba la enorme fotografía del gobernador; de igual manera prestaban sus servicios contra el mismo Partido. En ocasiones el trabajo se les juntaba. Julito Rarotonga consiguió, saltándose al Milcamisas, el acuerdo con el Partido de romper una huelga de tortilleros; al mismo tiempo y en diligencia especial Jaguarín consiguió contrato, remuneración en cajas de aguardiente, para apoyar a los tortilleros; este suceso dividió al gremio, la colisión era inevitable.

El Prole descubrió al traidor en asamblea, “Vean bien camaradas, en nuestras ilustres filas hay un perro traidor, salteador de caminos, incendiario, parricida, sobre todo eso ¡parricida!, vean bien, camaradas, es él”, señaló a Julito que sudaba toda la filosofía pragmática, “Sí compañeros, ese hombrecillo que esconde la cara de hiena entre los hombros es el judas

del movimiento, es el filósofo menchevique, y con el respeto al respetable propongo que lo mandemos en comisión supra clandestina y en el acto más revolucionario jamás encomendado, para que rechingue a su putisísima madre por el resto de su menchevique vida”; más tardó el discurso del Prole que el filósofo menchevique firmara con el Partido Revolucionario Institucional para dirigir al Frente Juvenil Revolucionario.

El Prole citó al pleno de la Unión, exigiendo, según dijo el Capullo, heraldo oficial del ateneo, una veladora. En punto de las ocho de la noche el ágora estaba llena, fray Memelas pidió silencio y discreción, el grupo se sentó alrededor de la fogata, sobre una enorme piedra el Prole meditaba, el fuerte croar de los sapos le servía de fondo, el Chivo tronó una pulga en sus dientes, nadie le tomó importancia, en otro delirium el Mish comía cucarachas en cuya alucinación parecían pollos rostizados; el hipo constante de Cecúb se mezclaba con la respiración agitada del Tongolele, el Prole se acercó, habló solemne “Los he mandado llamar porque creo que el proceso revolucionario ha

llegado a su punto álgido de expresión, por lo cual no nos dan otra salida que usar la violencia, es decir, en términos prácticos y efectivos, hoy más que nunca el proletariado está fortalecido para tomar el poder; durante estos dos años seis meses con tres días y algunas horas, hemos demostrado a la comunidad que tenemos capacidad organizativa, que tenemos elementos de lucha, que tenemos espíritu de cuerpo, que tenemos el factor sorpresa de nuestro lado; es decir ahorita que salgamos pa' la presidencia municipal, nadie va a pensar que la vamos a tomar, poorrque la vamos a tomarr camaradas; aquí fray Memelas tiene instrucciones para interrumpir el suministro de luz eléctrica, tú Juanón irás con él, ya saben dónde está y ustedes saben cómo hacerlo; el Chivo repartirá el armamento: palos, tubos, botellas; nosotros llegaremos por las cuatro calles que dan al palacio municipal, sí ya sé que dirás Chuma, lo tengo todo previsto, Elpidio, o séase, el baboso presidencial sí está, pues hay junta de fin de semana, por lo que encontraremos el chiquero lleno; tomaremos las cuatro calles: Mish comandará la del banco, Cecúb irás por la panadería, Mona te toca en-

66



trar por el cine; yo llegaré por la papelería; no enciendan sus velas hasta entrar a la presidencia municipal, las demás instrucciones se las dará el responsable de cada grupo, manos a la obra camaradas, pues la Patria nos está esperando con las pier... manos abiertas, suerte”.

A nadie preocupó el apagón, de siete días, seis interrumpían la corriente eléctrica; la luna iluminaba las calles desiertas y tranquilas, los teporochos deslizándose como sombras pasaron por la colonia “El Paraíso”, doña Pacífica con un candil en las manos le grito al Milcamisas “A ver si vienes a podar el jardín, van quince días que te espero, ingrato de ti, por Dios”; decidido el ejército avanzaba por la noche quieta, don Tranquilino, al doblar la esquina encontró al gremio, “San Marxito no nos desampares ni de noche ni de día”, rezaba entre dientes el Chivo; poco a poco las columnas llegaron al parque, “Cállense, caminen hasta el kiosco”, indicó con nerviosismo Chuma, “Se ve luz en la presidencia, tienen velas”, “Cállate y jálale”, ya en las gradas del kiosco el Prole susurró “Camaradas,

67

todo está al tiro, hoy estamos escribiendo la página más gloriosa de la historia de este pueblo, enciendan sus velas y sin más contratiempos, a la carga mis valientes”, las veladoras iluminaban la procesión, las lucécitas se atropellaban al caminar, entre mareos, eructos y tragos de caña, llegaron a la puerta del palacio; el Mona golpeó con el pesado tubo la cabeza del policía que dormitaba en el pasillo, tras él entraron los demás, torpemente avanzaron a la comandancia donde dormían cinco polis sobre bancas de madera, con sus propios rifles de diábolos fueron descontados del presupuesto, todo ocurría conforme al plan, la columna de rebeldes avanzó al despacho del presidente municipal, “Pega la oreja Chivo, ¿qué oyes?” “Sí, bueno, sí, escucho la risita maricona de Elpidio”, el Prole sentía el corazón en la boca, “Lo tenemos”, dijo tembloroso de alcohol e impaciencia, “A la cuenta de tres abrimos la puerta y tomamos posiciones de ofensiva, cubriendo la retaguardia y la jugada de pared para anotar sobre la crisma del presidente, corre la voz”; al contar tres el Prole se aferró al picaporte y jaló con todas sus fuerzas, “Los muy perros nos han descubierto, ayudarme

68



almirantes, ayudarme”, la fila india se tomó de las cinturas y tiraron con todo su empeño, pero la puerta permanecía cerrada, “¿Quién?”, preguntó Elpidio, “Nosotros”, respondió el Prole, “¿Quién es nosotros?”, insistió la voz de adentro, “No estamos para jueguitos filosóficos, venimos a tomar el poder”, “La puerta está abierta”, “Ni madres, no se puede abrir”, “Empuje y verá que está abierta”, el Prole dio la contraorden, empujó con suavidad, la puerta cedió, el Prole irrumpió violentamente, “Se los llevó la lucha de clases, el carajo, los santos reyes y las once mil vírgenes”, la mirada del Prole se clavó en la monumental fotografía de Güichito, bajo su fofa papada mostraba la banda presidencial puesta en el obeso pecho y un gran moño negro bajo el cuadro; papá Güichón se le echó encima, “Jijo’e tu madre, ¿qué chingaos te pasa?”, de la cintura sacó su revólver, Juanón le asestó un golpe con el tubo en el brazo, la pistola cayó al suelo, fray Memelas la recogió al instante, treinta teporochos amordazaron al viejo; al ver que seguían entrando tepos los síndicos y regidores se escondieron bajo el escritorio; Elpidio, asustado, escondía su gordo cuerpo

69

tras las banderas nacional y estatal, de nada sirvieron sus súplicas y lloriqueos, fue encuerado al igual que Papá Güichón, sus gordos cuerpos bañados en sudor brillaban a la luz de las veladoras, con sus propios cinturones los amarraron uno contra el otro, dándose las espaldas, en el suelo; con los demás se siguió el mismo procedimiento táctico, llevados a otra oficina; Jaguarín caminó distraído, se detuvo frente al ovillo formado por las grasas de Papá Güichón y Elpidio, después de un eructo, vomitó sendos chorros de sangre sobre los hombres que se removían en el suelo; los noventa teporochos se distribuyeron por el palacio; el Chivo tenía la responsabilidad liberar a los reos; en la apesetosa celda sólo encontró a Julito Rarotonga hasta las manitas y atrapado en un delirium.

Para celebrar el triunfo el Prole concedió un discurso a sus intrépidos correligionarios, el Perra entusiasmado preguntó al Prole “¿Ahora qué hacemos?”, “Mi queridísimo, antes de contestarte, ¡salud! por la victoria -chocaron las botellas de Jaguar y dieron un trago largo, después agregó el Prole para todos -Pues disfrutar el poder; camaradas, los estatutos revolucio-

narios no mienten, las máximas y mínimas tampoco, el sistema métrico decimal menos, ya triunfamos, ya ganamos, somos los campeones”.

El trabajo y la tensión del día, los nervios anudados al sabor inigualable de la victoria, acompañaron la espera del amanecer de los rebeldes, poco a poco y uno a uno fueron acomodándose hasta quedar profundamente dormidos, los ronquidos se escuchaban constantes y fuertes. ¡Teporochos hijos de su mal morir!, ¡órale, jálénle p’a juera!”; la policía llegó repartiendo macanazos y patadas a los ahora mártires del Jaguar, jalonados de los cabellos, de las camisas, subiéndolos a la camioneta de la paz social.

Nadie más había en la celda, el calor intensificaba la pestilencia de los héroes, el Mish dormía y de su boca escurrían hilos de baba, todo en el más encarcelado silencio; el Prole sacó fuerzas del fondo de su alma etílica y enjugándose las lágrimas subió a la plancha de cemento, “Camaradas, la revolución se vino abajo, hemos perdido la batalla, mas no la guerra, los hombres libres de conciencia y acto, no nos dejamos amedrentar por una simple falla del Dios Orfeo, noso-



tros, los más preparados para impulsar el tan deseado cambio social, regresaremos, más fuertes, más capaces, más mejores...”, los teporochos recobraron el ánimo, la vida regresó a esos cuerpos, Juanón aplaudió con la mirada perdida, la felicidad brilló en los ojos de cada uno, ¡Viva la Cuba libre!, ¡Viva la Libertad la Mar- que!, ¡Viva la Inquisición!... Julito Rarotonga presa de otro delirium se acercó al Prole, lo vio flotando sobre las cabezas de sus compañeros de celda, con una túnica blanca, sus alas grandes chocaban con el techo de la celda, sobre su rostro negro e hinchado caían largos bucles dorados, Julito, tembloroso, tragó agria saliva, dijo casi llorando, “Mi visión no pudo engañarme, eres tú el más grande!, el verdadero”, se hincó con dificultad y besó los pies del Prole y el Prole en su delirium primero vio a la Cleo ataviada con su atarraya, después a su entrañable amigo Güichito Moral tratando de limpiar otro espeso vómito con la punta de la banda presidencial.

La rebelión de los muertos

Otra vez el eclipse. Seis carretas tiradas por hombres llevan noventa cadáveres, la peste arremetió contra los miserables. En los corazones una gota de tiempo cae hasta el espanto. Entre la desesperación y la noche insomne decenas de tzeltales caminan la madrugada, la luna se oscurece, se les ve por la entrada sur del pueblo, lentos, después de tantas horas, cruzan lo alto de la loma del molino viejo, el aullido de los perros y un calor sofocante los acompaña, los ocotes encendidos reflejan escurridas sombras señalando la brecha. Al frente un hombre carga con ambas manos una cruz muy grande; sudan copiosamente, sus cantos son quejidos lastimeros y eternos, van a cumplir un mandato supremo: enterrar a sus muertos en tierra de Dios. Atraviesan el puente fatigados, con una señal quemán- doles el pecho.

La putrefacción despierta al pueblo, las campanas de la iglesia repican como llamando a la misa final; la gente sale de sus casas, corre al atrio en medio de confusión y miedo. “¡Quieren enterrar a sus muer-



tos en nuestros patios!", hombres y mujeres se asoman por las ventanas al paso de la caravana fúnebre. "¡Es el fin del mundo!" El grupo avanza por la explanada empedrada, no quieren a sus difuntos abandonados en las montañas donde la peste los mató, ahí los zopilotes les devoran y aparecen mutilados y esparcidos por las veredas y los vados de los ríos; desean el descanso del tiempo, el cobijo sagrado de la oscuridad. En sus cuerpos maltrechos se siente la rabia y el odio, se han hundido a medias en la tierra negados por la muerte. Podredumbre y sombra son la continuación de su vida.

La putrefacción se suspende en el aire caliente, nadie espera la orden. Machetes y hachas golpean la madera podrida de la puerta del cementerio parroquial, el estruendo al derribarla se escucha como esperada profecía. Ante sus ojos el descanso del sepulcro de los poderosos, el suelo bendecido por el cura que tantas veces les mintiera; nadie espera, escarban las tumbas con azadón, picos, palas; sacan trozos de ataúdes, huesos, cráneos, tibias; al lado de la ermita forman una montaña de esqueletos, un rayo ilumina las tareas de la

74



Smile

muerte; mujeres y hombres arrojando la mortaja de sus verdugos, restos por todos lados; las campanas se escuchan desesperadas, otro trueno cimbra el campo-santo; en las tumbas profanadas son sepultados los cadáveres tzeltales. "¡Ni muertos serán iguales a nosotros, perros!", se escucha tras la tapia, "¡Son los patrones!", grita uno de los indios que arroja trozos de huesos, "¡No tengan miedo, Dios nos dio esta tierra!", "¡Aquí está la mamá!", todos corren hacia la tumba iluminándose con antorchas, grandes ramos de flores la adornan, una enorme cruz de plata tiene grabado el nombre de la Matrona, así conocida en vida, "¡Está parió a la manada de coyotes que han matado nuestra gente!", grita el más viejo, enardecidos cavan, destrozán las coronas de papel y la cruz, el cielo ruge, la tierra es removida, sacan el cadáver de la anciana, cae un aguacero furioso, las ráfagas de aire sacuden los árboles, arrastran los restos de la "matrona" por el lodo, se le desprende un brazo, su vientre se abre y cae una masa de gusanos; la torrencial lluvia lava los esqueletos. Desde entonces el pueblo apesta a muerte.

75

El grupo se detiene al escuchar disparos, bajo el pórtico don Pantaleón Castillejos dispara al aire, el cura José de los Angeles levanta las manos al cielo, tras ellos muchos hombres armados con arcabuces, machetes, espadas, pistolas. El sacerdote se acerca, mueve trabajosamente su obeso cuerpo, resbala en el lodazal, ahora llovizna, se seca la cara con un paliacate, "Hijos, les prometo bendecir un panteón en sus tierras...", dice con la voz quebrada, desde las tumbas un tzeltal le reclama "La tierra es nuestra, los Castillejos nos la robaron y venimos por ella, usted nos dijo que somos hijos de Dios, y queremos el paraíso a nuestra muerte"; el cura siente agruras subiendo por su garganta, "No debieron profanar las sagradas tumbas, carajo", un tzeltal extremadamente delgado y viejo se le acerca machete en mano, "Traemos cuarenta y cinco niños muertos, treinta mujeres, quince ancianos. Nos chingan con el hambre, nos chingan con los trabajos. No queremos terminar enterrados en los potreros de los patrones", el sacerdote mira el cadáver de la Matrona, fija la vista en los collares de oro que hacen aún más grotesca la cara descarnada, la asfixiante putrefacción

lo marea, las rodillas se le doblan y grita "Esto muestra que no tienen alma, ¡no son hijos de Dios! Este cementerio lo regaló don Rodolfo. Dios está con los Castillejos. ¡Para ustedes tiene la misericordia!", un indio le contesta desde atrás, "Pues vamos a enterrar nuestros difuntos", al escucharlo los demás continúan enterrando los cadáveres que bajan de las carretas. El cura reza en voz baja; don Pantaleón apunta con la pistola y dispara, sus hombres hacen fuego sobre los indios, el olor a pólvora se mezcla con la peste de los muertos, ¡Ahí tienen su tierra, cabrones!, corren, gritan, ¡De esta peste no se salvan, hijos de puta!, caen en el lodazal, sobre sus muertos, en la confusión se pelean las fosas, ahí los rematan, un indio joven toma del cabello el cadáver de la Matrona, corre gritando de cólera contra el cura, pasa sobre sus compañeros, una bala le parte en dos el cráneo y cae agarrado a los despojos en una tumba vacía, la luz pálida de la aurora ilumina el enfrentamiento. Dentro de la fosa el sacerdote busca los collares de la muerta cuando ya los gusanos de la Matrona han invadido la cabeza del tzeltal.



Seis carretas tiradas por hombres llevan ciento veinte cadáveres, entre la desesperación y la triste mañana, un grupo de tzeltales se aleja por lo alto de la loma del molino viejo. En sus corazones una gota de tiempo cae hasta el espanto.

La orgía de los niños

Seré feliz cuando mis padres hayan muerto. Cuando el fuego consuma esta casa de opresiones veladas, y la noche insomne de desvergüenza anuncie el momento terrible y liberador de los cerros derrumbándose sobre el caserío; cuando las bestias rutinarias arrojen su caos al sepulcro eterno de los tiempos. En estas hojas mis gritos se vuelven eco presente, único reducto donde me encuentro. Yo, Libertad, sin el sucio reflejo de la gente "Quisiera escribir cosas hermosas como Neruda, pero mi sangre me dicta su callado rencor"; tacho palabras, arrojé la libreta al escritorio; descorro las cortinas, el cielo estrellado me devuelve la palpitación sideral, a través del manglar el pueblo estático acrecenta su odio, "¿Cuándo dejaremos de ser la contraparte del universo?", contemplo el espacio donde palabras y luz me hacen dolor. Ayer cumplí diez y siete años, hace uno conocí el infierno, sus llamas siguen calcinándome el cuerpo; estoy triste, cansada, presa en la opulencia de mal gusto; Yo, hincada ante la cruz y el altar, enferma de la piedad del Muerto Crucificado; mi niñez la



pasé escondida en la oscuridad del ropero y su llanto viejo, con la fotografía de mis padres para no perder sus rostros; mi amiga Zulema tonta y llorona, presumida e imbécil como su madre, hube de soportar idioteces de los hijos de los “hombres fuertes”; mis fugas de las absurdas fiestas del Buen Samaritano. Me sigo riendo de ellos, los desprecio, sin quitarme el peso de tanta mediocridad, estos apuntes son mi último asidero.

Desde pequeña sentí a Tranquilino y Pacífica como dos extraños que vivían conmigo, conozco las condiciones de mi nacimiento: tu madre no pudo tener hijos hasta entrados los cuarenta años, ‘¿Tengo la huella del corazón del tiempo?’, el licenciado Tranquilino fue incapaz de preñarla, ‘¿Mi nombre floreció en sus vidas?’, tu padre es el Vikingo, convencido y gratificado por papá Güichón, ‘¿Cuánto costé?, ¿Por lo menos se habrán acariciado mis progenitores?’”. Y sí, me parezco al dueño del café: blanca mi piel, los cabellos rubios, mis ojos verdes. Comencé a leer libros, todos empastados en piel, comprados por mi padre; he pasado la mayor parte del tiempo en la biblioteca,



una amplia estancia de la enorme casa, cerca del corredor de flamboyanes, junto a las columnas griegas, ahí se levanta la puerta de cedro, en el frontispicio la placa dorada con el adagio de Tranquilino, que jamás entendió “La Sabiduría os hará hombres de bien”. Leí, leí, leí y leí poesía, cuentos y novelas, luego buscaba países en el globo terráqueo, a un lado la bitácora donde escribía “El libro para desmentir estúpidos pretenciosos”, al descubrir que las opiniones de Tranquilino, reforzadas con la muletilla “Ta’ comprobado, lo dice el Selecciones del Dayes Diyes”, eran mentiras de mi padre; conservo mi primer nota: “Papá Güichón dijo hoy, en la comida que mamá prepara a los Moral cada semana: Los indios son unas bestias y como tal hay que tratarlos”. Y sin darme cuenta redacté muchas hojas, refutando la opinión de mi padrino. Tengo apuntados “Errores Fatales” de tíos, padres, la sección de los Moral, y el increíble apartado de mis profesores.

Todos los ecos del pueblo terminan en mi cabeza, escucho cómo pasa el tiempo sobre los tejados, su cansancio me hace una pieza más de esta fuga constante regresando para escapar, los murmullos se arrin-

conan en los resquicios de las puertas, traen la voz de mi padre "Mejor me hubiera salido puta; pero no tan cabrona, con sus pendejadas de libros..."

Los libros me dieron su lenguaje, viajé sola a latitudes llenas de presagios, a mi alrededor no había más camino que mi sombra escurriéndose entre la burla, el desprecio por ser distinta; mi padre jamás ha podido ver más allá del dinero, él vendió los harapos de su alma a un demonio insignificante y torpe: Papá Güichón; mi madre sólo tiene ánimo para remedar silencios y regocijarse en el espejismo inútil de la idiotez. Ellos levantaron una barrera insuperable, yo trataba de derribarla, ellos negaban su existencia, mi existencia; luego me dieron su zarpazo final, me arrancaron de tajo la luz, y mis padres se perdieron en la oscuridad.

Yo sabía de su desprecio y crueldad, la historia de los Cerebros Privilegiados la conocemos todos, sus padres alardeaban, alardean y ladrarán los triunfos de sus hijos, orgullosos de sus pequeñas bestias, seguros de prolongar su dominio de crímenes y estupidez. Yo sabía, impedir cualquier cambio es parte de las reglas

de su juego, la sangre en sus manos sólo la cambian por dinero; lo supe desde siempre, cuando descubrí a mis padres como cómplices del odio, en el instante de ver a los profesores títeres de la ignorancia, al encontrarme sola en este nido de alacranes.

Zulema vino por la tarde, yo había terminado de leer Los Miserables, entró a la biblioteca, se sentó en el sillón de piel negra, su voz me enseñaba un mundo inimaginado, su presunción al relatar los hechos me producía náuseas; esa niña de catorce años, con la que jugué a las muñecas, me escupía toda su vulgaridad. Me resultaba difícil creer el origen de su alegría: la noche anterior fue "bautizada" por los Cerebros Privilegiados; palabras más, esto fue lo que me dijo: "Ernesto, el hijo del presidente municipal, nos lleva en un camión de redilas del municipio a La Fraternidad, uno de tantos ranchos de papá Güichón. La luna llena ilumina el patio de cemento para tender café, las sombras de los árboles de mango esconden la casa de ladrillos, "¡llegamos, cabrones!" grita Gestas al sacar medio cuerpo por la ventanilla, los aplausos y gritos provocan los ladridos de los perros, los fanales



del camión se apagan; sin perder tiempo hacen la fogata, la música a todo volumen, los vasos de whisky van y vienen, las carcajadas y bromas animan la fiesta, “Ahí les va la pipa de la paz”, grita Ernesto pasando el larguísimo porro de marihuana, cada uno fuma y lo pasa a los demás, bajo el naranjo Mauricio besa a María, “Su Graciosa Majestad de la Feria”, ella manosea entre las piernas del muchacho; Julián toca el claxon del camión, enciende y apaga las luces, mientras Catalina le chupa el pene entre la palanca de velocidades y el volante; Reinaldo estrena su pistola tirando a las botellas de cerveza contra las piedras del arroyo; en la montaña de cascabillo Gestas, vestido completamente de negro, con la greña suelta hasta la espalda, el rostro maquillado de blanco y los labios de rojo intenso, lame los enormes senos de Margarita, ¡a sus quince años ya se cogió con todos los Cerebros!; el Mondongo se sienta sobre costales de café, apoya su ancha espalda contra la pilastra del corredor de la casita, Dimas le lame los muslos regordetes, acaricia sus rollizas piernas, “Ya ves pinche Mondongo, ¿Qué vieja te trata como yo?, algo aprendí en Monterrey, ¡puñalada! no-

más fui a gastarme la marmaja y a que me cogieran los niños bonitos del Tec, ¡verguita linda!, si mi papá supiera, ‘reprobaron a su hijito por estar lamiendo las taleguitas a sus compañeros’; ¡Virgencital, si contara las escapadas a Tijuana, esos gringos si me la dejaban ir bien rico”. Mauricio corta rayas de cocaína sobre un cristal, ‘Pásele, marchante, dese un buen jalón para el vacilón’, grita entre carcajadas, Gestas escurre cerveza en los senos de Margarita, los chupa con avidez, se levanta de un salto y trepa en la mesa, junto a la despulpadora, con sus botas mineras empuja la báscula, jadea descontrolado, los rayos de la luna sobre su rostro lo hacen más hermoso, alza los brazos al cielo ‘¡Cerebros Privilegiados!, ¡ijos de Satán, ¡satanaaás!, ha llegado la hora esperada, daremos inicio a la sesión de bautismo a las nuevas damas de la secta; Susana, Alma, Zulema, pasen frente a su sumo sacerdote, comenzará la ceremonia’; la música heavy suena extremadamente fuerte, nosotras muy, pero muy contentas trepamos a la mesa; los veinte muchachos gritan, bailamos emocionadas, ‘¡Mucha ropa, mucha ropa!’, es el clamor de todos, entre risitas nos quitamos las blusas y los bra-



sieres, 'Pinche Gestas, estas pendejas tan muy verdes, apenas tienen catorce años', reclama Urbano, las minifaldas vuelan sobre las cabezas, 'Cállate güey, tú tenés quince', contesta Rodrigo con una mini en la mano derecha, quedamos en calzones, sudando, meneándonos al ritmo de la música, '¡pelos, pelos!', insisten, soy la primera en quitarme las pantaletas, sé que les gustan mis nalgas, silban y me aplauden, Manuel se masturba, Alma y Susana me imitan, nos arrojan cerveza y whisky, 'Ahora -grita Gestas -la prueba final, por el padre de las tinieblas', corren tras nosotras, saltamos de la mesa y disfrutamos todas esas manos en nuestros cuerpos, orgullosas de pertenecer a los Cerebros Privilegiados; ¿sabes quién me cogió?, Gestas, el más guapo y aventado, no te imaginas cómo te lo hace, es un milagro cuando está encima. Desperté con los primeros ruidos del amanecer, los demás aún dormían entre botellas, basura, vómito; en la bodega, sobre bultos de café, Gestas abrazaba como cada noche de orgía, el cuerpo desnudo de su hermano Dimas, tomándole el pene entre las manos".

86



Smile

Llegué a casa de Zulema como habíamos quedado, las calles estaban desiertas, un sofocante calor quemaba hasta los huesos presagiando la desgracia; ella me invitó a ver su biblioteca, juraba tener las obras completas de Víctor Hugo, yo fui por El Año Terrible y encontré el peor día de mi vida. Al entrar me sorprendió ver a Gestas, ahora siento su mirada llena de oscuridad, el tiempo se trastoca y ya estoy de vuelta, frente al constante retorno de los hechos, la crueldad llevándome al suicidio fallido; escucho sus voces, los gritos torturando mi historia, rostros perdidos reencontrándose en la confusión de la locura; la suntuosa sala parece guardar secretos turbios, veo a los muchachos recostados en la alfombra azul, otros sobre los sillones dorados, Mondongo toma trocitos de jamón y queso de los platos sobre la mesa de centro, Manuel platica con Romualdo a un lado de la televisión, Dimas juguetea con Rodrigo junto al librero, a través de los ventanales el gran jardín con el pasto al ras, una fuente de cupidos orinando chorros de agua, ahí Mauricio corta la cocaína, "Pásele marchante, dele un jalón, pa' aprender la lección", los muchachos caminan hacia él; trato de abrir la puerta e

87

irme, Gestas se acerca y me empuja, “Te voy a dar tus putos libros”, grita y me golpea, alcanzo a sentir el segundo puñetazo en plena cara, las imágenes son turbias, “Así que muy chingona, cerebritito de mierda”, todo se oscurece, un silencio en expansión se escurre por mi mente, caigo en un pozo profundo, abro los ojos, los Cerebros vienen del jardín en una carrera intempestiva, empujándose, Margarita me tapa la boca, Alma mete cocaína en mi nariz. Yo, nacida a la mitad del tiempo, arrojada sobre la resonancia del miedo, no soy ni cielo ni mujer, sino mortal suspiro; una cascada de ruidos me atrapa; se abre una puerta, asoma una cabeza con el cabello enmarañado “La sala está lista”, grita con voz cavernosa, los demás lo siguen, Gestas me jala los cabellos, “Vas a sentir lo bueno, el conocimiento de mis güevos”, me arrastran por los escalones del pasillo, el vacío se hace caos en el fuego ascendente, la penumbra no me deja ver nada, huele a humedad. La atmósfera lúgubre confunde los rostros con los búhos disecados en las paredes; el sótano es pequeño, la crueldad se detiene en mis lágrimas; un sinnúmero de cajas tiradas junto a tambos; una larga me-

sa, se encienden débiles foquitos de las series de maridad, enrollados en las vigas, en la pared una calavera de buey hace de mi pena su tumba, a un lado la hilera de velas encendidas, los cirios pascuales arden con mayor intensidad; la peste a marihuana y el dolor de estómago me hacen vomitar, azotan mi espalda con algo muy pesado, entre el mareo veo las parpadeantes llamas que se pierden en el horizonte, “Bienvenidos a la misa”, vocifera Gestas con el cabello suelto hasta el pecho desnudo, más flaco y alto que de costumbre, el pantalón de piel negra ajustado a la piernas; “Bienaventurados los elegidos por el padre y señor de las tinieblas”, grita con los brazos abiertos, “Porque de ellos será el reino de la oscuridad”, sus labios pintados de negro resaltan sus amarillentos dientes, tiene el rostro maquillado de blanco “Esta noche Satanás me ha traído un regalo”; Susana me dice entre risas “Para conocer Europa lees libros, pendeja, yo voy cada año”; Urbano y Dimas me sujetan de las muñecas; estoy aterrada, trato de soltarme; mis gritos alimentan este infierno; siento puñetazos, patadas y jalones; los muchachos se abrazan, fuman, se desnudan. Me tiran de



los cabellos; araño, alguien pateo mi vientre doblándome de dolor, me arrancan las ropas, lloro de impotencia, trato de morder pero es inútil, escupo, algo y alguien golpean mi cabeza, es el rechazo de mi padre “¡Puto, mil veces putito!, te mereces eso y más!”, siento la sangre caliente correr por mi frente, “Maldita, tienes la marca de la muerte en los ojos”, me tumban sobre la mesa, “¿Por qué parí este engendro?, perra caliente”, Gestas desnudo me muestra su pene erecto, sus huesudas manos abren mis piernas, no puedo pensar, no tengo ideas, maldigo sus vidas con el cuerpo; me monta y escucho los gritos de mi madre, “¡Dios castigará tu pecado!”, escupo dolor, la terrible insolencia de la pesadilla, por mi boca salen los reflejos del fracaso, me lastiman los ecos saturados de llanto, el destino de quienes se atrevieron a ser distintos, Gestas penetra mi carne tierna, rompe mis entrañas, desgarrando los caminos de mi libertad, enciende el júbilo de los Cerebros que bailan alrededor; él, bestia desenfrenada, va y viene sobre y adentro de mi cuerpo cansado, la sangre escurre entre mis piernas, “¡Duro, duro!”, “¡Acábala, acábala!”, “¡Dale sus libritos!”, Gestas grita satisfecho,

sale y se tira al suelo; el Mondongo se monta al instante, su obeso cuerpo me cubre casi por completo, “¡Pero no te la cojas como a mí!”, grita Dimas, no me puedo mover; Zulema me mete más cocaína en la nariz, me dice retándome “¿Te gustó tu mención honorífica, babosa de mierda? ¿Ahora sí crees mis historias? ”, sólo tengo la esperanza y el alma escondida en unos versos de Neruda repitiéndose en mi mente “Puedo escribir los versos más tristes esta noche, escribir por ejemplo: “el odio, odio en el aborto que tuve que hacerme, el odio, odio en la imposibilidad de tener hijos, el odio, odio en las manos que puedan tocarme, el odio, el odio...”

El frío de la madrugada y el delirio de la fiebre me despertaron, el cielo apenas se iluminaba por el sol, sentía un cansancio sobrehumano apoderándose de mi cuerpo; quise levantarme pero fue inútil. Lo que escriba jamás llegará a reflejar mi sufrimiento, tantas dudas en un sólo instante: ¡la rabia, el odio, sangre devorando sangre! Escuché voces acercándose, en mí ya no había el miedo; alguien gritó, al poco rato me cubrie-



ron con un saco apestoso, abrí los ojos, me rodeaban los teporochos, el Prole mojó mis labios con aguardiente y ordenó al Mish avisar a mi padre; los Cerebros me tiraron en el basurero, a mi espalda pegaron un letrero que decía “Esto dejan los libros”.

El retorno de la historia

“¿Por qué no convertirme en héroe?” piensa don Roberto Castillejos con el ánimo excitado; se quita el sombrero de palma con cierta violencia, limpia el sudor de su frente con el paliacate, “He demostrado con suficiencia mi capacidad en el trabajo diario, estoy seguro de ser un buen dirigente libertador”; viste de blanco, con botas de cuero de tiro alto y levita cruzada, apoya sus fuertes brazos sobre la baranda de la terraza, sonríe y pierde la vista en los extensos maizales, orgulloso de su finca herencia de sus padres, sin duda las mejores tierras de la región; siguiendo el ejemplo de su primer héroe, Francisco Gil Zapata quien mutiló, quemó vivos, esclavizó y ahorcó a muchos lacandones, Roberto, a sus cuarenta años, logró una red comercial entre Tabasco y el Pueblo; es un “habitante del paraíso terrenal”. Ahora los argumentos de su compadre y socio en la venta de maíz, frijol, jabón de grasa de puerco y lejía, le hacen pensar; suspira hondo; fija la vista en el hombre sentado en la silla de enfrente, la mano derecha en la empuñadura de su



sable, “Cuando escucho a Ermilo me arrepiento de no haber estudiado, saber leer y escribir, no son suficientes; pero bueno, mi tarea es mandar, no dárme las de erudito; pero ser un prócer no sería nada malo, hay quienes nacimos para ordenar; si puedo dirigir mi finca, ¿por qué no voy a poder comandar el movimiento liberador?”. El sol declina en la lejanía de las montañas, don Roberto se sienta en la incedora de mimbre, el calor es intenso, los árboles de aguacate se llenan de tordos; Ermilo Mazariegos sostiene una copa de ron y habla entusiasmado ante el atento silencio de su compadre.

-Como te digo, somos la primera provincia que busca su independencia, y de lograrse, ¿es necesario terminar con casi tres siglos de yugo imperial sobre nosotros!

Las palabras le queman el pecho. Don Ermilo Mazariegos sirve más ron, convida un puro a don Roberto, éste pierde la vista en el inmenso valle de sus tierras, “Puedo ser el Agustín de Iturbide de la nueva patria. Su Majestad el Emperador Roberto Castillejos”, piensa y deja escapar una bocanada de humo.

-¡Independientes!- recalca don Ermilo con ojos desorbitados -no pagar impuestos a nadie; ser los dueños únicos. Mira compadre, nosotros daremos continuidad a las gestiones del delegado, que fue hasta el puerto de Cádiz, allá en España; este hombre llevó ocho puntos donde se pide un gobierno propio y lo mejor de todo; eliminar el monopolio de los españoles sobre el tabaco; y la cosa no para ahí, también pidió una diputación para nosotros; ¿no le gustaría ser diputado?, y más cosas para nuestros negocios, abrir al comercio los puertos de Tonalá y Tapachula, ¿se imagina eso! -don Ermilo habla a gritos, el canto de los grillos se mezcla con el ruido de las aguas del río, un criado indio se acerca con dos quinqués en las manos, los coloca sobre la mesa, el halo de luz ilumina a los dos hombres, don Ermilo espanta los mosquitos con bocanadas de humo, los ojos de don Roberto brillan ante el discurso.

-Con Iturbide no triunfó la Independencia, además en tierras mexicanas un tal Santa Ana se ha levantado en armas contra el tercer imperio, pide la instauración de la república; seríamos más que idiotas



si no aprovechamos tanta revuelta -sentencia don Ermilo mostrando una sonrisa burlona.

-Ante tales argumentos, acepto ser quien conduzca por buena senda el proyecto libertario-responde con sinceridad don Roberto, las carcajadas se escuchan en toda la casa, provocando el ladrido de algunos perros.

-Estaba seguro que aceptaría. Mire, fue precisamente cuatro días después de la faramalla esa de firmados los tratados de Córdoba, cuando nos reunimos en Comitán para discutir el asunto, nos pronunciamos por separarnos de la capitania general de Guatemala y se señaló que no reconoceríamos más gobierno que el del Imperio mexicano, y se mandó a la capital, San Cristóbal, el acta que impulsó Fray Matías de Córdoba; luego mandamos a Pedro Solórzano a la ciudad de México a hacer los trámites...-explica don Ermilo después de sorber un poco de ron.

-¡Por qué no me invitó!, desde esos días mi deber era ayudarles, me hubieran nombrado en lugar de Manuel José de Rojas, pude ser el primer gobernador. Me está hablando de 1821 y el movimiento sin contar

conmigo, ¡estamos en 1823, compadre! -arremete con molestia don Roberto.

-Las cosas no estaban para divulgaciones, pero créame, siempre pensé en usted, supe desde el principio que un hombre íntegro e inteligente como Roberto Castillejos, debería trabajar en el fortalecimiento de estas tierras que el Señor Todo Poderoso nos ha legado -responde al instante don Ermilo muy nervioso. Halagado don Roberto bebe de su copa, se saborea la lengua entre los dientes, sus ojos lloran algunas lágrimas y dice casi a gritos:

-Pues no se equivocó, en mi tendrán al líder que tanto están buscando.

-Además, recuerde que el imperio de Iturbide fracasó -señala don Ermilo para no dejar dudas en su compadre -y se fue todo al infortunio.

-Tenga confianza compadre Ermilo Mazariegos: Aquí, frente a usted está el nuevo Iturbide, y ya verá que mis dominios llegarán más allá de Nicaragua.

El padre José despierta aterrorizado, los fuertes toquidos en la puerta de su cuarto aumentan su sensación



de catástrofe; un jadeo le provoca arritmia, reza un padre nuestro desordenado y con largas pausas. Toma el candelabro del buró, enciende un fósforo, la llama crece rápido con su olor penetrante, acerca la luz de la vela al empolvado reloj de pared, las tres con cinco marcan las manecillas. El cura se persina, por la garganta reseca traga saliva, otro toquido fuerte y decidido lo paraliza, se hace un silencio, no puede hablar, siente las quijadas entumecidas, "Padre, por el amor de Dios, abra, soy yo", no reconoce la voz que lo llama con tanta familiaridad, "Padre José, ¿se encuentra bien?, abra por favor, algo grave sucede en el pueblo, lo necesitamos", "Santiago, si es don Roberto Castillejos", desconcertado apura el cerrojo y abre la puerta. Don Roberto, alto y delgado, el cabello castaño y corto deja al descubierto sus grandes orejas, su cara blanca se ve pálida, lívida, los ojos azules escrutan al sacerdote, lleva la mano izquierda en la empuñadura del sable.

-Lo que nos faltaba señor cura. Nuestros enemigos políticos, quienes no quieren la Libertad de

nuestra provincia, han decidido quién sabe en qué acceso de locura abandonar el pueblo, y no...,

-¿Qué dice?, eso es imposible -interrumpe el sacerdote mientras le ofrece una silla a don Roberto.

-No padre, es tan real como que esto acarreará problemas muy serios para la liberación, y también causará serios infortunios a su señoría -el hombre toma asiento y de súbito se pone de pie, siente una crepitación en el estómago, este es un instante crucial, debe tomar una decisión de profundas consecuencias para el futuro del pueblo, de su finca, de su familia y poderío, y también para su proyecto de Liberación; el sacerdote sirve dos copas de vino.

-Pero cálmese, tome asiento y cuénteme qué pasa.

-Pasa que nos quieren boicotear el proyecto de Liberación, usted sabe que el grupo de don Ermilo Mazariegos ha procurado el fracaso de nuestros sueños de progreso, ¡él inventó la patraña esa de que apresamos a los indios para que luchen por nuestro proyecto!, nuestros enemigos quieren dejar las cosas como están, en ellas tienen fincados sus intereses per-



sonales y mezquinos, ¡más allá de los genuinos intereses de nuestro pueblo! -bebe media copa, respira alterado, su poblado bigote se empapa de vino, sus sienes se hinchan. -Mire, padre cómo han aprovechado todas las condiciones. Con el pretexto de una ¡inminente sublevación de indios!, partieron esta madrugada en una caravana en la que han cargado con todas sus cosas y vendieron a escondidas ¡como ratas!, sus propiedades; se fueron padre, llevaban la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en la primera carreta, rezaban los muy paganos, acompañándose con cantos y alabanzas al Señor. Se fueron por que Usted no supo controlar a los indios, demasiada debilidad, le faltó mano dura, y ante su ¡cobardía! de meterlos en razón, no les quedaba más que irse. Usted, junto a mis fuerzas debe mostrar que están equivocados, ¿quién mejor que usted para seguir con el leal ejemplo del cura liberador Miguel Hidalgo y Costilla?

-¡Ese era un ateo! ¿Acaso no se da cuenta?, estoy pronto a cumplir sesenta años, y mire este cuerpo, con tanto vino, guajolotes, pan y gallinas, estoy pesando ciento treinta kilos. Además, Dios sabe que me

comuniqué con el mismísimo obispo; pero él tampoco quiso tomar con seriedad el problema, y mire en qué embrollo estoy metido.

-Señor cura, los muy atrevidos van a Teapa, a Tabasco, diciendo que su extensión territorial les permitirá atender mejor a sus pueblos y sobre todo ¡vivir en paz!

-Don Roberto, los verdaderos enemigos son los mestizos insatisfechos con la medida liberadora y no los indios.

-No señor, esos se han quedado, y debemos tener cuidado con ellos, ¡quién sabe qué nuevas sorpresas nos deparan!

-Eso quiere decir que mis penas son más grandes que las tuyas.

-No padre, ambos debemos unirnos en la lucha, yo le juro ante Dios y ante Santiago apóstol que no me quedo con las manos cruzadas, ahora mismo salgo con un grupo de hombres bien armados a detener a los traidores del progreso- don Roberto se levanta furioso.

-Deme su bendición.



-Espere don Roberto, no se exponga.

-¡La patria no debe esperar! Es deber del Emperador seguir los designios del destino -dice orgulloso, besa la mano del sacerdote, éste lo bendice y lo ve alejarse entre los árboles del patio.

El sacerdote bebe un trago de vino, deja caer su obeso cuerpo sobre la mecedora de mimbre, abre la carta del obispo, esperada desde hace dos días, la acerca a sus ojos:

“Muy Reverendo Padre José Quintero. Las tropas de Cómitan, Tuxtla y San Bartolomé se reunieron en Teopisca, ahí decidieron mandar a San Cristóbal una comisión para entrevistarse con el Coronel Codallos, representante de las tropas mexicanas, los emisarios exigieron su rendición; pero Codallos ya se había retirado a Tehuantepec. El subteniente Joaquín Velasco, bajo las órdenes del Capitán Filísola, trató de disuadirlos proponiéndoles la anexión a México; los comitecos, a la sazón los más aguerridos, no hicieron caso y enfrentaron al subteniente, haciéndolo huir, por encontrarse en desventaja de fuerzas. Gracias al To-

dopoderoso nadie murió. Por lo anterior pido hable con Castillejos, para que reine la paz en Nuestro obispado y sigamos en la tarea evangelizadora. Gracias a Dios el movimiento independentista ha fracasado.

Siento en el alma no hallarme en su parroquia, para hacer con más individualidad la relación de los hechos tan peligrosos, en las tierras del Venerable Padre predicador Fray Lorenzo de la Nada. Como he mencionado en epístolas anteriores, tenemos noticias del bien ponderado Roberto Castillejos, digno hijo de Santiago, dotado de espíritu caritativo, que ayuda con sendas contribuciones económicas a nuestro obispado. Sin embargo, es menester que lo disuada en sus tareas libertarias fuera de razón. Los acontecimientos no permiten más disturbios, le comunico que los hombres fuertes y de razón de las tierras bajas y de las tierras altas se pusieron de acuerdo para anexarse a México. Por ello le ruego encarecidamente ponga todo su empeño en persuadir a tan ínclito señor Castillejos, de lo contrario puede desencadenar una rebelión como la de los tzeltales en 1712. Por la paz de nuestras venias, al terminar de leer destruya esta carta”.



Don Roberto Castillejos lleva ya tres días tras los pasos de la caravana, ha cruzado la espesura de la selva, trece hombres, armados con machetes, lo acompañan en la persecución, desesperados, no entienden un ápice de la Liberación, durante las tediosas horas de camino su patrón no habla de otra cosa; ellos, trabajadores de la tierra y capataces de la finca sólo saben dirigir las tareas del campo, emborracharse los fines de semana y hacerle hijos a sus mujeres; se ven a los ojos confundidos cuando don Roberto platica de los Generales, del plan de liberación, aunque jamás los ha visto, ni los verá nunca; pero los admira, lo demuestra cuando habla de Cómitan, “cuyos hombres valerosos han estructurado el proyecto en el que declaramos el rompimiento del pacto con México!, y sobretodo escuchen bien esto, ¡la libertad! de la patria de cualquiera otra nación, ¡exigiremos la reposición de la junta suprema!, para que continúe orientando los destinos de Chiapas, y escuchando la ¡voz del pueblo!, debemos unirnos. Soy el Iturbide del Sur y ustedes mi ejército, como él

104



impondré las tres garantías, impulsando las prioridades imperiales”. Los capataces sienten mareos por el intenso calor, por la humedad de la jungla, por el dolor de espalda y caderas de cabalgar en caminos inhóspitos y sobre todo, por los largos discursos de su patrón. “El plan es apoyado por Tuxtla y poco a poco se nos van uniando más ayuntamientos, ¡triunfaremos!”

Los capataces, para escapar de las arengas de don Roberto decidieron avanzar, con el acuerdo de avisar si se topan con la caravana, seguramente cerca, pues encontraron el rescoldo aún humeante de una fogata, con don Roberto se quedaron tres hombres; cabalgan despacio, cansados, “Lo mataré como a un perro...”, piensa don Roberto, pronto a enfrentarse con su compadre, “Es un judas, bastó que su suegro lo convenciera, comprándolo a cambio de su propia hija y parte de sus propiedades en las tierras bajas, ellos siempre se beneficiaron con el dominio español y con la abolición del repartimiento de indios”.

Roberto Castillejos respira con exagerada excitación, a lo lejos se escucha el trote de algunos caballos, al mo-

105

mento se detiene y se repliegan a los costados de la vereda, internándose en la maleza, uno de los hombres cae al suelo al querer pasar por un bejucal, gateando se esconde tras el inmenso tronco de un árbol.

-Don Roberto, los malditos están detrás del cerro -grita uno de los capataces que viene del otro lado, el patrón sale de su refugio, los otros hacen lo propio.

-Debemos hacerles frente ahora mismo-ordena don Roberto nervioso.

-No patrón, mejor regresémonos, son muchos, ya medimos fuerzas y no lo va creer pero los muy perros ya se habían dado cuenta que veníamos tras ellos y nos tendieron una trampa -dice con un español balbuceante.

-Sólo eso me faltaba, ¿y los demás?, es necesario no separarnos.

-Están muertos, sólo quedo yo, por gracia de Dios no me dieron-. Don Roberto mira a los seis hombres, siente que la sangre se concentra en su cabeza, como si le fuera a reventar.

-No importa, un deber patrio nos llama y debemos estar a la altura de los retos del destino -con furia clava las espuelas en el caballo.

-Patrón, es una locura...-pero Roberto Castillejos avanza demasiado rápido, los hombres se miran y sin mediar palabra corren tras él.

"Si estuvieran unidos, formando un grupo", piensa don Roberto mientras cabalga, "sería fácil matarlos a todos, dispararles desde la colina, por lo que veo están en un claro, no hay árboles que los proteja, ni matorrales, ni nada". Pero los miembros de la caravana ya lo esperan, disgregados. Don Roberto sigue su cabalgata, son cincuenta hombres, todos a pie; se agrupan en pequeños círculos, alzan los brazos y le gritan con burla "Aquí, Castillejos, apunta bien, te va a tirar el caballo", "Revira Castillejos, no seas idiota", "Regrésate, loco desgraciado", don Roberto agarra la pistola, trata de retacarla, suena el estruendo de los arcabuces enemigos, el humo, los gritos, el polvo, el relincho de caballos se apodera de ellos. Don Roberto cae, no ve nada, todo es confuso y sin sentido; se escuchan tiros aislados, sus hombres han sido muertos,



está acorralado; le aterra, en su embotamiento, ver a Ermilo Mazariegos victorioso sobre él, se arrastra sobre el zacatal, ante la impotencia desenvaina su puñal e intenta degollarse, no se atreve.

-Aquí está mi compadre, ¡el Iturbide del sur!, el emperador imbécil, el más pendejo de la selva -le dice don Ermilo parado tras él, alto y seguro, su morena cara brilla con los rayos del sol, sus largos bigotes no logran esconder los gruesos labios -hijo de puta, si hubieses entendido algo; pero eres tan zopenco.

-Mátame de una vez, traidor, mi muerte no detendrá el triunfo del proyecto de independencia, en estos momentos quizá nuestras tropas están festejando.

-Sólo en tu cabeza cabe tanta mierda, ¡grandísimo idiota! La libertad es para nosotros, ¡libertad para quien pueda comprarla!, la libertad es el pretexto para nuestro beneficio; tu padre lo hizo con los tzeltales para robarles sus tierras; pero él era visionario; mira las armas que transportamos, son las mismas que donaste a la causa; no debiste olvidar que aquí triunfamos los hombres emprendedores y de razón.

108



Smile

-Mátame te digo, en la historia quedará tu nombre como el peor de los asesinos, ¿serás capaz de matar al Emperador?

-Sí, te voy a matar, ¡por inútil!, eres más bruto que los indios -grita don Ermilo mientras busca a sus hombres con la mirada.-¡Me cuelgan a este hijo de puta de aquel árbol! -ordena, señalando un manglar. Don Roberto es arrastrado por varios hombres, le atan la soga al cuello, sin mediar más tiempo, jalan la reata, el cuerpo de don Roberto se eleva con cierta facilidad, sus piernas se estiran y encogen, sus manos tratan de desatar la horca, su boca demasiado abierta deja escapar un jadeo desesperado, por fin se cansa y suelta el cuerpo.

-Patrón, quedó vivo uno, ¿lo colgamos?

-Córtale las orejas y que vaya con el chisme, para que aprendan.

Don Ermilo se acerca al ahorcado, ve el rostro de Roberto Castillejos con los ojos desorbitados y la lengua saliéndole de la boca:

-Gracias Dios mío, por fin te quité un pendejo más en tus benditas tierras.

109

El museo de la muerte

El museo es el pueblo. El enorme edificio blanco contrasta con la verde espesura de la selva, el silencioso viento de la tarde parece acariciar sus gigantescos vitrales policromos; nos sentimos pequeños ante las imponentes columnas dóricas erguidas para la historia y el poder. “Bienvenidos amigos lectores”, nos recibe y sorprende una voz agradable, volteamos hacia los largos y amplios pasillos de mármol; se abre la puerta principal de vidrio con hermoso biselado en oro, la quietud del interior invita a pasar. “Señores y señoras, nuestro pueblo se ubica al noroeste de la selva, entre los meridianos tristeza y cobardía, fundado en 1569 por un grupo de intrépidos españoles, en la noche del eterno insomnio; guiados por el Fraile dominico Pedro de la Nada, cuyo único pecado fue creer que los indios tenían alma, y se empeñó en pacificarlos con amor. Las primeras familias se asentaron en el Ocotl; en la pantalla de la derecha pueden apreciar los nueve jacales de bajaré construidos en un brazo de selva virgen, lugar que ocupa este Museo”. Caminamos por la lujosa

estancia a la primera exposición: SALA DEL ORIGEN. El lugar es frío, sin ventanas, en medio un enorme árbol de la vida. “Mediante engaños y espejismos descubrimos nuestra genealogía, poco después don Rogelio Piamonte asentó en el acta número 0001//sinfín: Las familias de los Hombres Fuertes son y seguirán siendo auténticos descendientes de las familias originarias. Por lo tanto y según el artículo 0002 del Reglamento Municipal: Se expiden Certificados de Pureza Racial, no corre por sus venas sangre de indios. Gracias a la visionaria tarea de los primeros padres, promoviendo el incesto noche tras noche; trayéndonos sin embargo algunos retrasados mentales, así como los cotidianos sentimientos de avaricia, odio, maldad, racismo; ustedes entenderán, nada es perfecto”.

Salimos de esa estancia y caminamos por el amplio salón, el mármol negro del suelo brilla bajo la luz de las luminosas arañas. “Distinguidos visitantes, está es la SALA DE LOS HEROES, venerables hombres y mujeres que esforzada y desinteresadamente dieron sus vidas por la patria chica”. Y sí, la escultura



ecuestre en bronce recién pulido muestra a Castillejos blandiendo en la diestra un sable y con la izquierda sujeta las bridas de su bestia de metal, "Hombre entregado al trabajo y desarrollo cultural de la región, gran civilizador de la indiada". A su lado el busto de Ermilio Mazariegos, "Respetabilísimo hombre de acción, compañero inseparable del mártir Roberto Castillejos"; en las paredes se exhiben enormes pinturas al óleo de los ejidos El Paso y Florencia, tierras despojadas por dichos héroes a tzeltales y choles; el tapete que cubre el fondo muestra la fatídica tarde en que los indios colgaron al prócer Roberto Castillejos, al pie del árbol Ermilio Mazariegos y el cura José María hincados, lloran la trágica muerte. Avanzamos a la estatua de Papá Güichon, el viejo. "Hombre de carácter, jamás le tembló la mano para fustigar indias o dar tiros de gracia, ni enfermo despreció la pernada. Su alma de conquistador lo trajo del norte del país para instalarse en el pueblo en los años veintes. Firme su convicción de transformador, es considerado el padre moderno del pueblo". A su derecha la estatuilla en cera de Tranquilino, "El primer profesionista, ejemplo de las

112

nuevas generaciones: obediencia y cinismo sus mayores atributos. Gracias a sus malabares jurídicos validó robos, muertes, saqueos". A su lado, en bronce Papá Güichón. "Digno sucesor del padre. Hijo legítimo de estas tierras. Continuador de la Obra, destacó por su mano de hierro y sus guardias blancas, confrontó a las fincas alemanas hasta arrebatárles el monopolio del café". Caminamos contentos, con el sueño de ser algún día como estos personajes; en la siguiente estancia la sección: HEREDEROS, muestra a los hijos de los Hombres Fuertes, son ellos el promisorio futuro del pueblo, "Nacidos para Mandar", es su consigna. Una pared exhibe el luminoso cromo, "Los Cerebros Privilegiados", vestidos siempre de luto, promotores de la muerte; sentados en una larga banca, al medio aparecen Dimas y Gestas, detrás los demás jóvenes con sendas sonrisas. Cada paladín ha destacado en sus respectivas carreras, aprendieron las mejores costumbres del abuso y el hurto. En su sentido de servicio trabajaron y trabajan por la pacífica vida pueblerina. Hoy dirigen la vida productiva de la región. Dimas, director del club de beneficencia "El Buen Samaritana-

113



no”; Gestas, respetado presidente municipal; Mondongo, el mayor comerciante de café. “A la derecha podrán admirar a nuestra joven heroína”. Un hermoso óleo presume el retrato de cuerpo entero de una adolescente, sentada frente a un escritorio de caoba, a su espalda dos librerías, “La jovencita Zulema ganó lugar en la historia por su valiente lucha contra la intromisión de ideas extrañas a nuestra idiosincrasia: impidió a Libertad ser inteligente sin nuestro permiso; Zulema la sorprendió en sus más indignos planes y con ayuda de los Cerebros Privilegiados impidieron tan sucia tarea”. Entusiasmados subimos a la escalera eléctrica para llegar a: GALERIA DE MASACRES Y DESPOJOS. “¡Satisfacción garantizada!”, nos recibe la voz de siempre, la estancia es mucho más amplia que las anteriores; secciones divididas con muros virtuales comunicados con estructuras de titanio, la palidez de la luz permite ver. “Queridos amigos, disfruten de las mantanzas, juicios sumarios y demás festines. Las familias Castillejos y Moral se valen de todo tipo de prácticas para conseguir lo que quieren, pueden atravesar las paredes sin ningún problema”. En la primera vitrina se

114



expone el cuerpo crucificado de Fray Pedro de la Nada, la sangre le empapa el cuerpo desnudo, tiene la mirada triste, “Rey de los Idiotas”, dice el letrero en luces de neón verde, los cristales sujetos con tensores de acero permiten ver las nubes deslizándose por el azul del cielo, provocándonos la sensación de navegar a través del firmamento. “Hicieron bien, duro castigo merecen los piojosos indios y para los agitadores debe ser más ejemplar”, dice una mujer enojada.

La siguiente estancia presume la primera Guardia Blanca creada por don Ricardo López, cuya estatua ordena con la mano derecha a sus hombres hacer fuego contra un grupo de mujeres tzeltales que pizcan maíz. “El antecedente de estos grupos de seguridad y protección, procuradores de la paz social y el orden, los creó el ínclito don Pantaleón y su madre doña Dolores Castillejos, cuyo cadáver fue arrastrado por las calles, presa del salvajismo de los indios en el año de 1829; año trágico por la oleada de violencia y la peste que azotó a los aborígenes”. Una flecha nos invita a entrar a la: SALA NEGRA. La tenue luz permite distinguir los letreros. “Están ante una de las más

115

gloriosas noches de la historia. El 9 de febrero de 1982 en punto de las once de la noche, Papá Güichón ordena a sus guardias blancas al mando de Alberto Trujillo, desalojar a los ejidatarios de El Carrizal, queman jacales y dan muerte a diez y seis hombres, ocho mujeres y nueve niños”. Uno de los hombres que nos acompañan grita, “Eso se merecen los muy ladrones”; la pantalla del lado izquierdo reproduce en blanco y negro el golpe contra los estudiantes de la prepa 44. “En 1983 don Doroteo Cordero, Clemente Castillejos y Víctor Moral, combatieron la implantación de ideas extrañas a los estudiantes; tres seudoprofesores exigían un laboratorio y la salida del director que, según ellos, defraudó las arcas de la escuela; ellos pagaron a un nutrido grupo de indígenas de Bachajón para rescatar dicho recinto de la tolerancia y la civilización; a pesar del esfuerzo los jóvenes transtornados por ideas subversivas opusieron resistencia”. Emocionados por la golpiza propinada por los indios a los muchachos, y de ver cómo la bomba molotov lanzada por un estudiante incendiaba un camión repleto de tzeltales, ingresamos al: SALON DE TROFEOS. Un largo aparador frigo-

rífico muestra las cabezas de los ocho choles decapitados en 1981 en el cerro La Ventana; varias campanas de cristal color ámbar exhiben manos, lenguas y orejas cortadas a hombres, mujeres y niños, “Queridos amigos, nos sobran muertos. Sean tan amables de escoger cualquier forma de muerte en el menú computarizado, y gracias a los visores de realidad virtual les presentaremos escenas de todas las formas posibles. Les recomendamos la sección de cibervideos de violaciones a niñas y niños”.

Al abandonar esa sala encontramos un pasillo con anaqueles de productos en venta. “En esta sección pueden comprar suvenires para sus seres queridos. Son artículos novedosos, frascos con divertidos fetos de indias, son reales ¡no acepte imitaciones! Compre la obra completa de El Prole con la mejor filosofía para sus hijos, la colección multimedia de superación personal, en DVD magistrales discursos del ágora etílica, ¡compre! una peluca estilo Julito Rarotonga; ¡compre!, leotardos Margot y minifaldas Cleo, ¡Compre!, ¡Compre!”



“Llegamos a la sección más divertida, ¡la parte interactiva del viaje! Rompemos el protocolo, usted puede tocar el hambre, la ignorancia impuesta como la mejor metodología de dominio; beban la sangre de las víctimas de la familia Moral; báñese en la ducha con las lágrimas de las viudas. Vamos, embriéguese de cinismo e impunidad, ¡el pueblo es una fiesta!, son ustedes los invitados de la ignominia y la mentira, llévese a casa el Decálogo del Perfecto Paria, Cómo Robar a los Muertos de Hambre Sin Sentirse Culpable; “En la ventanilla del frente pida su certificado de “Auténtico pedigrí español”, ¡Bienvenidos! En la sección giratoria de la derecha hay una fuente manando sangre, no tema y lávese las manos, el fotógrafo le regalará la instantánea; suba a su hijo en el caballito de acero, el niño podrá fustigar a los indios, será una experiencia inolvidable para la criatura. Después de apreciar el extenso surtido de productos para el miedo, la represión y la cobardía, pasamos al área que todos ustedes esperaban: HÁ-GALO USTED MISMO. En la primera pieza participo como guardia blanca en una masacre”; un set enorme reproduce fielmente el lugar de los hechos,

118

plantas, jacales y hasta un río, la iluminación artificial provoca la ilusión de la noche; “No se preocupen, los indios que van a morir son ejemplares contratados por un kilo de frijol y de maíz para su parentela”, luego de escuchar la trepidante sirena, un brazo mecánico nos ofrece fusiles: disparamos emocionados, los tzeltales corren aterrorizados, pero los rifles están a quema ropa; de las bocinas se escuchan risas y aplausos. Aquí un chol sujeto a un cepo, hincado, semidesnudo, con la cabeza y las manos apresadas. “Pueden azotarlo con el látigo que cuelga a su derecha”, una mujer gorda pasa al centro y toma un fuste de alambres; se aproxima indecisa, la gente la anima con esporádicos aplausos, “Adelante”, se escucha a alguien, “Animo”, vocifera el anciano; la mujer emocionada golpea la espalda del indio, “Más, más, más”, aplausos y gritos suenan estridentes, “Le tapamos la boca para no escuchar sus quejas en ese horrible lenguaje”, la mujer le fustiga el rostro hasta sangrarlo, “Sangre, sangre”, el chol se retuerce impotente, un joven y una muchacha se suman con látigos, golpean, azotan, torturan, todos los imitamos, es fácil golpear, sentimos el placer del odio

119



y el odio crece y nos enaltece cuando escuchamos el himno a Chiapas, pateamos encolerizados, escupimos satisfechos, arañamos orgullosos.

Abandonamos el sitio sofocados, sudorosos, con la furia hinchando nuestros corazones; y ya estamos frente a otro cuadro viviente, el sótano con tambos y el pestilente olor a humedad, búhos disecados cuelgan del techo, las parpadeantes llamas de cirios pascual y la serie de foquitos de navidad iluminan el cuerpo recostado sobre la mesa de carpintero, es la adolescente Libertad. "Llegamos a la sala más importante, aquí resumimos nuestra historia en un sólo acto de defensa contra los enemigos de la paz y el orden; prepárense para vivir el momento más intenso de sus vidas". Somos Cerebros Privilegiados, la música heavy aumenta poco a poco hasta volverse ensordecedora, se escuchan carcajadas, silbidos; extasiados, nos miramos sonrientes; de pronto se encienden faros de niebla, algunos comienzan a bailar, otros saltan; del techo salen espesos chorros de vapor de hielo seco y activan luces ostroboscópicas, todo gira a una velocidad increíble, "Bienvenidos", dice una voz cavernosa, con la



luz reconocemos nuestros rostros felices, "Cerebros, satán nos regala está virgen, debemos bautizarla", levantamos las manos, saltamos de emoción; dos hombres amordazan a Libertad, "¡Libertad, Libertad, Libertad!", se escucha el coro infernal, la mujer gorda y sus dos niñas le sujetan las piernas, Libertad grita desesperada, el viejo del bastón la manosea mientras le arranca el vestido, "Más, más", el terrible griterío nos embriaga entre la densa bruma, un joven se baja los pantalones, monta a Libertad, se mueve poseído por el deseo y el placer, "Termina con ella", tales ruidos de dolor potencian nuestra ira, Libertad gime y rechina los dientes; "Perra, mil veces perra", con el bastón el anciano la golpea, su rostro se empapa de sangre y baba, "Bienvenidos", con furia tiramos de sus rubios cabellos hasta arrancárselos, "Traidora", gozamos la brutalidad; nos reconocemos dentro de la fiesta, Libertad desfallece a cada golpe y su llanto se hace cada vez más apagado; "Traidora, traidora", Libertad chillaba, aúlla, habla ahogándose en su vómito; Libertad suplica que la matemos; pero nuestro rencor y nuestra ira son más grandes; la peste que inunda las narices hasta los

estómagos nos dice que se ha cagado, “Hija de la chingada, te va llevar tu puta madre”, “Cabrona, mal nacida”, un joven azota la cabeza de Libertad contra la mesa, su frente está desecha, “Bienvenidos, satisfacción garantizada”, Libertad clava las uñas en la madera, vuelve a vomitar, sus ojos saltan de sus cuencas; un hombre le muerde un seno hasta arrancarle el pezón, Libertad sangra a borbotones. “Estamos orgullosos de ustedes”, nos felicita la voz. Estamos dichosos, nunca antes tan dichosos, Libertad ha muerto.

“El fin ha llegado, fue un placer mostrarles nuestra historia. El Museo verdadero comienza al salir de este bello edificio, allá en las calles, casas, escuelas, iglesias, bancos, prostíbulos del pueblito tan querido. Sean testigos de la grandeza de nuestra gente; atrévase a ser junto a los Castillejos y los Moral, hombres de bien y respeto, ya están preparados, dejen la obscuridad y ayúdenos a poblar la tierra de dioses. ¡Bienvenidos! El Museo es el pueblo.”

Tierra de dioses

Se imprimió en la Editorial Fray Bartolomé de las Casas, A.C., en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, el 9 de noviembre de 2001.

La tipografía pertenece a la familia Garamond.

*Papel de portada Cambric blue de 216 gr.
para interiores bond Cultural arena de 90 gr.*

La edición consta de 1000 ejemplares.



Smile